

BIBLIOTECA  DE AUTORES QUINDIANOS

EL CAMINAR DE LOS OCÉANOS

POESÍA



GOBERNACIÓN DEL
QUINDÍO



UNIVERSIDAD
DEL QUINDÍO

La Biblioteca de Autores Quindianos

La Biblioteca de Autores Quindianos tiene como propósito poner en circulación, en cuidadas ediciones, los trabajos creativos y de reflexión de los poetas, escritores e investigadores de nuestro departamento. La amplitud del panorama de las letras quindianas se refleja en esta colección, que incluye autores y obras de una tradición consolidada, al tiempo que abre el espacio para las nuevas miradas a la literatura y a la riqueza cultural del Quindío.

En este proyecto de carácter académico han unido sus esfuerzos la Gobernación del Quindío y la Universidad del Quindío, con el apoyo de un Comité Editorial conformado por expertos en literatura, historia y cultura.

Lo que nos convoca es una convicción que está en la base de nuestras políticas institucionales: Es indispensable promover, apoyar y difundir el producto de la actividad intelectual, y brindar a la región puntos de encuentro para que se piense en las fortalezas propias de su historia, dinámica y diversa.

Con este conjunto de obras en ensayo, narrativa y poesía, la Secretaría de Cultura de la Gobernación del Quindío y la Universidad del Quindío les proponen a los lectores un espacio para el asombro, el estudio y el descubrimiento.

Julio César López Espinosa
Gobernador del Quindío

Alfonso Londoño Orozco
Rector de la Universidad del Quindío

Juan Restrepo

El caminar de los océanos



El caminar de los océanos

© Juan Restrepo

Primera edición



Biblioteca de Autores Quindianos

Secretaría de Cultura, Gobernación del Quindío

Universidad del Quindío

Armenia, 2011

ISBN 978-958-8593-22-7

Edición al cuidado de Carlos A. Castrillón

Todos los derechos reservados.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio, sin la autorización escrita del autor.

Diseño de la portada: © Lina María Cocuy

Diagramación: Julio César Pinzón Ospina

Impresión: Centro de Publicaciones de la Universidad del Quindío

Índice

| | |
|--|-----|
| <i>Prólogo.</i> Darío Ruiz Gómez | 11 |
| Hades (1995) | 19 |
| Las Águilas de la Tristeza (1994) | |
| Incendias de lo oscuro | 125 |
| ¿Piensas, riges? | 126 |
| Leva el túmulo | 127 |
| Cómo encendían las naves | 128 |
| ¿De dónde llega? | 129 |
| Tan distante | 130 |
| La mansión silenciosa | 131 |
| Cuadro | 132 |
| Breves palabras | 133 |
| ¡Ah! vosotras | 134 |
| Los días | 135 |
| Sacude el lomo | 136 |
| Patio | 137 |
| El salón de baile | 138 |
| Venid, fermentos | 139 |
| El devenir sucede | 140 |
| Si el arquero | 141 |
| ¿Cuál forma representas? | 142 |
| Las mansiones | 143 |
| Los que nunca han tocado | 144 |
| ¿Quién desde las bellotas? | 145 |
| Lleva el vilano | 147 |
| La rota sombra | 148 |
| Nada por estos cuerpos | 149 |
| Calmos rayos | 151 |
| Ahora del navío | 152 |
| La inconfundible | 153 |

| | |
|----------------------------|-----|
| Hemos cantado | 154 |
| ¿Por qué, ¡ah! Capitanes? | 156 |
| Pensadora tristeza | 157 |
| El cuatralbo | 158 |
| A los huertos fui | 159 |
| Al mediodía el aroma | 160 |
| Lo esperado | 161 |
| Abro el fin | 162 |
| Porfiados barracones | 163 |
| Y su voz | 167 |
| Rasga de sí el tiempo | 168 |
| Esta bata | 169 |
| Onda del zafiro celeste | 170 |
| ¡Ah! breves damas | 171 |
| Lo callado | 172 |
| Veamos | 173 |
| Rojas sílabas | 174 |
| Tierra | 175 |
| Las cavernas salen de caza | 176 |
| Alejandra | 177 |
| Pesarosa clemencia | 178 |
| Canta la oropéndola | 179 |
| Hay estruendo | 181 |
| Serena es la espesura | 182 |

El Volcán de los Duendes (2001)

| | |
|---------------------------------------|-----|
| Proemio: Los Industriosos Cabalgantes | 185 |
| Nacimiento: Duende Uno | 186 |
| Gnomos | 187 |
| Duende Dos | 188 |
| Duende Tres | 190 |
| Duende Cuatro | 192 |
| Duende Cinco | 193 |
| Duende Seis | 194 |
| Duende Muerte | 195 |
| Duende Ocho | 197 |
| Duende Nueve | 198 |

| | |
|------------------------------------|-----|
| Duende Diez | 199 |
| Duende Once | 200 |
| Duende Doce | 201 |
| Duende Trece | 202 |
| Duende Catorce | 203 |
| Duende Quince | 204 |
| Duende Dieciséis | 206 |
| Duende Diecisiete | 207 |
| Espíritus de la noche | 208 |
| La memoria | 211 |
| El sueño | 213 |
| Coro de los Duendes soñantes | 215 |
| La sombra | 219 |
| Reflexión de un Duende | 220 |
| Coro | 221 |
| Duendes descendiendo de la memoria | 222 |
| Gnomo | 223 |
| Duende Dieciocho | 224 |
| Duende Diecinueve | 225 |
| Gnomo | 226 |
| Epílogo | 227 |
| Un descanso | 228 |

Prólogo

Darío Ruiz Gómez

Más de veinte libros de poesía escritos en el mayor silencio. Como única tarea, disimulada en las labores cotidianas, este eco de los días, ecos de noticias perdidas donde se asoma imprevistamente el rostro de los viejos dioses, el hilo extraviado de los viejos relatos. En ese sentido es preciso señalar en esta poesía algo importante: su alto grado de intemporalidad, alcanzado mediante esta escucha de lo inescuchable, de aquello que alienta en lo indecible. Lo cual señala una inmensa virtud en estos tiempos donde el éxito editorial se confunde con la calidad literaria: el saber colocar antes la poesía que los datos personales del poeta en un país donde el atraso cultural se pone de manifiesto en la persistencia de inventadas aristocracias del pensamiento, heredadas y confinadas por la supuesta minoría de siempre.

Borrar los datos personales es hacer entender que lo que cuenta como experiencia no es la biografía sino ese hilo que el poeta ha rescatado de la locuaz voz de los tiempos. La supuesta premisa de que la poesía debe estar unguada al presente y debe ser huella y testimonio de éste es propia aún de cierta literatura nacional, pero aquí, en el caso de Juan Restrepo, la relación se establece con el único interlocutor válido: la poesía que no ha dejado de estar en el mundo, por encima de las cronologías establecidas por la Historia. De ahí que la noción de intemporalidad no constituya una huida de la realidad sino lo contrario, el adentrarse en la única realidad posible a la poesía, que no es otra que ella misma. ¿Dónde más estarían las geografías de la memoria, los templos de la

sabiduría, la palabra que se hace eufonía al incorporarse, naturalmente, al paso del viento?

Restrepo ha decantado las metáforas con que el surrealismo puso a flote la otra visión, la otra realidad alojada en el sueño, entrevista en el duermevela. O sea la otra gramática de vida en los ojos del subconsciente: aquello que no sabíamos que éramos nosotros y que gracias a la articulación poética de estas imágenes nos va descubriendo la sombra que vibraba detrás de la lógica diaria, como un presentimiento.

Se entiende que el método seguido no es el del azar ni el de la llamada escritura automática, ni mucho menos el del extravío, sino el más difícil: el de la lucidez que brota del resplandor de la vigilia y va descubriendo sin sobresalto, sin ofensa alguna, aquello que duerme en nuestra alma cautiva por la nostalgia del orden antiguo. La mirada es así la de aquel que está suspendido en el aire y mira la lejanía, las miles de pequeñas olas que rizan el mar original. Antes de emprender el vuelo, antes de la alucinación ante lo que discurre ante los ojos de esta alma: la lucidez es entonces una estrategia ante las trampas del destino, ante el chantaje del dolor. Si digo presentimiento es porque esta poesía ha sabido mantenerse en el umbral, ha escogido el umbral no por temor a dar el paso hacia la exterioridad o para retroceder hacia la penumbra bienhechora sino porque mantenerse en el umbral significa carecer de párpados, significa dejar la palabra en el reino de la imagen sin que la destruya la iniquidad de una gramática.

Aquí vemos lo que significa haber renunciado a la biografía: el carecer del dato que ensombrece la mirada como referencia de una vida personal, ese “saber que no me recuerdo es despertar” de Pessoa. Dejada atrás la miseria del existir como falsa agonía, como falsa confrontación con los otros, la búsqueda de la plenitud

señala una necesaria ascesis en el poeta. El poeta no vive su vida particular, vive la vida que la poesía le invita a llevar, que la poesía le ha suministrado en el deslumbramiento. Es aquí donde la poesía de Juan Restrepo pone de presente aquella virtud alabada por Miguel Ángel: la discreción. Ya que el grito aleja, espanta al posible interlocutor, mientras la discreción invita a regresar, a descubrir pausadamente la imagen que se quiere compartir.

De ahí otra virtud bien escasa por estos pagos de Dios: el pudor. Virtud que la actual vulgaridad suele identificar con la incapacidad de abrirse a la procacidad de un erotismo comercial. En la medida en que la ascesis le ha permitido a esta gran poesía escapar de la contaminación de la Historia, de la reducción de lo humano a un existir sin mito, igualmente ha eludido la procacidad de la queja inventada, de la lágrima inventada alrededor de la orfandad, del exilio, del destierro. Al eludir esa queja esta poesía afirma su tarea implícita de no romper con la unidad primera en que Dios creó el mundo. Cuando se evita y se teme caer en la procacidad es porque ésta supone una saturación de la imagen que termina por anularla. El pudor —ese conocimiento que sabe que aún no ha llegado al final— enuncia a la imagen, la deja, pues, en el umbral, esperando que sea la misma metáfora la que defina su mayor virtud, esto es, su capacidad de hacer silencio.

Por eso cada libro es, naturalmente, una continuidad de los otros. Pero aquí el último puede ser el primero ya que precisamente en el espacio del subconsciente —ese espacio que desconoce la aridez de la historia, la miseria de la biografía— no se da la cronología del tiempo porque lo que se vive es la simultaneidad de los tiempos. Y desde el silencio conquistado, desde la reanudada continuidad entre la vigilia y el sueño, el espacio anterior a Aristóteles, el espacio que desconoce la mensura, se establece como

un territorio mental único y al cual es necesario penetrar con las armas de la misma lucidez.

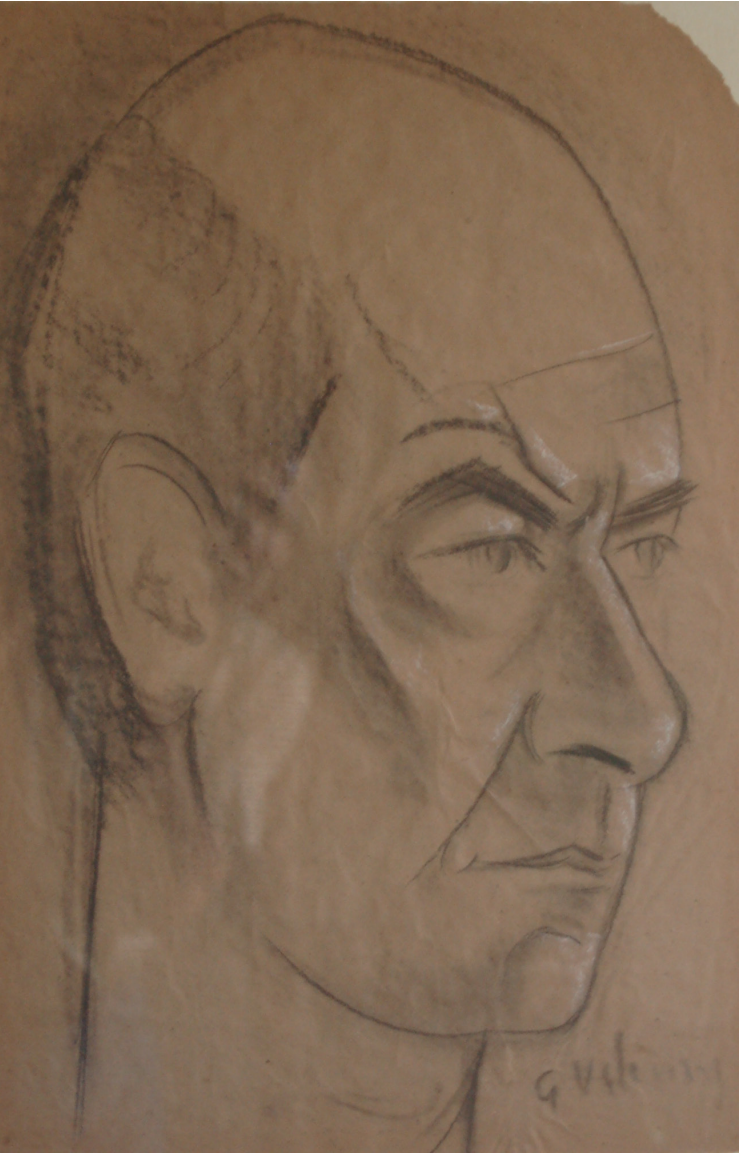
Que una poesía establezca de esta manera su territorialidad frente al lugar común, frente a los estilos nacionales, frente a las poesías que rinden culto a la época es decidirse por la incompreensión, es aislarse necesariamente. No digo, como podría pensarse según los parámetros de un sentimentalismo al uso, que aislarse es quedarse solo, fuera de los consabidos reconocimientos donde se alojan los filisteos. Aislarse es vivir y asumir esa territorialidad legitimada para que el diálogo continúe: aquí no hay fisuras porque la duda no ha resquebrajado la imagen. La poesía de Juan Restrepo fluye porque no ha sufrido interrupciones, porque no es víctima de traumas existenciales sino que viene y va hacia la claridad propia de quien se sabe guardián de una armonía única.

He leído sus libros inéditos y lo que estoy señalando es cierto, las imágenes se configuran en la lectura mental indicándonos paisajes y momentos que nunca creímos constituyeran parte de nuestro propio patrimonio. Es una poesía donde la metáfora se ha hecho innecesaria en su unión de contrastes porque, sencillamente, la contradicción tampoco se da en este espacio único donde leyenda y recuerdo se confunden sin indicar un final. ¿Es esta la tierra prometida o es el paraíso perdido? Lo trágico no puede darse en circunstancias como estas donde los elementos primordiales que componen el mundo y las metáforas que definen a éste se dan como presencia no traumática, como desgarramiento existencial, sino como constancia de aquello que ha permanecido en el aire, en las nubes, en los corredores de la casa, los pájaros que han llegado a borrar su nombre, las briznas de paja en el anuncio del verano, el ronco sonido de las aguas en las montañas de niebla, reinos de un universo intocado que esta poesía descubre ante nuestros ojos asombrados para darnos la certeza de que el orden de la creación no

terminó en el séptimo día sino que continúa diariamente en el mayor secreto: “El silencio es norma que el labio consuela”.

Aquí se hace más claro el fruto del esfuerzo del poeta por oponerse a las falacias de la historia, a las argucias conceptuales del supuesto deber ante el presente: el mundo que está ahí exige de nosotros, tal como lo señaló Pico de la Mirándola, lograr adentrarnos en él para, de este modo, tratar de conseguir la eufonía y la plenitud, para que la llama del estío habite gozosamente en nuestro pecho y las rocas, los musgos, los ojos de los animales se reconstruyan en el flujo de nuestra sangre tal como lo certifica esta alta poesía, poesía del júbilo en tanto restituye un orden necesario de la vida y a la vida necesaria, como aquello que es porfiadamente inútil, rama que ventea, onda de agua, milano, verso que se aferra a la condición de la poesía para hacer el llamado a este silencio.

“Nada en mi reino es sujetado”. Esta poesía de Juan Restrepo se desprende de sí misma, rehúye la falsa imagen, destierra las profecías políticas y nos instala en el centro del verdadero reino que nos reconoce. Poesía para aquellos que están antes, para quienes, repito, han hecho del umbral su hábitat. Lo lírico no se da aquí por la contemplación sino por el haber permanecido ahí en el centro mismo de las cosas, en la habitación inicial de las palabras. Por eso esta poesía no describe sino que se describe desde el ámbito interior del tiempo que al fluir nos recuerda no el oprobio de la muerte civil sino la condición de caducidad de nuestras vidas, caducidad que nos hermana con el ave, con el animal, con la nube.



Juan Restrepo, por Antonio Valencia Mejía (1984)

Hades

1

Llegad los convidados
a esta anca de misterio,
con juiciosa paciencia
abordad los sitios
y asid, tocad las formas
que desprenden y llevan.

Preguntad por el nombre
sin siquiera un susurro,
sólo lo que en sentido
lleve vuestra prudencia.

Lo que aquí halléis, calladlo,
no será ya jamás.

2

Cada rostro despida
oído, ojo, lengua,
lo que solo navega;
el buen rocín techado,
el color si ha sentido;
no el espantable océano
de una cuenca dormida,
cráneo niño perdido
en su búsqueda, tierno.

Es día y traspasamos;
sus torres de llanura
gotean azul, perpetuo.

Corre olvido a su mano,
a su lengua vacío.

3

Sombras

Bellas hacedoras,
dejadlas que dancen
bajo el caramillo.

Dispersan, reúnen,
flotan y el sonido
es la única cumbre.

Vado donde puedes
atrever, gozoso,
pero ave que espanta
si juegas la duda,
el dado fermento.

4

Sopla el cuerno,
ladra la montura
y el jinete es roce capotón
a hombros
de la misma noche.

Parten de los cascos
posadas, distancias,
un velo se esparce
y bello respiro
pliega, cae, ahonda
nada más que el rápido
listón que ha pensado
cuando era su casa.

5

Así la primera
puerta donde llegues,
floresta ventana,
óvalo tejado,
corredizas hojas donde desprendidas
aves de fortuna dan sus estaciones,
desovan la inmensa
laguna que abre
sus profundas alas,
llama sus navíos
y el mar de los seres,
libra sus orillas.

6

Regad, el tiempo llega,
el eco jardinero;
despide su rocío,
tarde es o noche o alba,
duende en pezón que ha ido.

Juguetón se diría
si allí le recordáramos
o un alto hiciese,
alivio, si no fuera
la calcinada playa
de pies desnudos, yerta.

7

Entonces el relámpago,
la voz que se deshace,
el fulgor ahora herido,
el cálido ornamento
de la augusta justicia,
el verde lazarillo
agraz oído al leño
rapaz del aire, anillo,
seco brazo vacío.

8

Nada, nada
sin tu vasija,
agua o color,
o aire;
el dolor mismo,
aquello que esperamos
y no podrá;
la breve
gota de la aventura
y la pompa que estalla;
frescor para los dones
o los dientes de caza;
la indefensa bondad
donde deshabitado
nuestro morral camina,
vacía en el horizonte,
deslíe, canturrea.

9

No es de acertar la noche,
alabar la balanza
que bien podría ocurrir,
dar al dado su día
o ver que el tiempo nuevo
queja de otra virtud.

Pensantes, quebradizos,
diezmos pastores líquidos
u otra razón.

Aquí el rayo,
el trono,
la penumbra infinita
sin otra unción.

10

Lento mensajero,
¿qué llevas
que a ti mismo retrasa?
¿Nuevas ya idas
o el ojo aún no visto?
¿O ese escalofrío
donde aún puede eterno?
¿Zumbón es,
cuchichea
cuando helando
en su trono?

¡Ah! miríadas voces
en rama ciega,
ahora.
Mimbres lívidos,
aguas.

Dejadle,
lienzo es apenas
el camino que cubre,
desprende de la tela
su fulgor
y va hilando.

Bello es el silencioso.

Ella guía,
se pierde,
mi casa no la encuentro.

11

No era estación de juegos,
se soñaba la antorcha
aunque lumbre allí había
pero secas las puertas;
se abría y era el cuchillo
de su único lecho;
niño apenas, ondeaba
y diríase el leño
que dormita en la rama;
de a poco fue y el cuerpo
cerrose hasta la mínima
exhalación que toca;
despierta, ya es el alba.

12

Respiró la tiniebla
y la vi ungida,
astros, como si la llevasen
a una apartada niebla.
Pero veía mi sombra
y ella en rostro lloraba,
dos zagales corriendo,
el viento en los despojos
de ese bien que no llega.

13

Llamas, llamas secas
que el temblor traspasa,
cauces hundimientos,
resquebrajaduras del soplo,
abandonos,
oboes desprendidos
a los mismos dedos
de pulpa y ceniza.

Cantaba el silencio
removiendo hechos con que acariciaba.

14

Arropó el velamen
despidiendo el puerto que pude;
conté de sus manos
largas aguas, ondas,
pues eran las horas
el venial engaño
en que navegaba,
un errante sueño,
bellas rientes, anclas.

15

Creí ver las trenzas
tantas veces vueltas
hacia mí, cegándome,
cuando sacudías tu sol
y sus rayos
desprendían los días
donde semiocultos
creábamos la noche,
reclinando, sola.

16

No vi lejanía;
acercó el camino aún más
y era el lejos.

Orillas

¡Ah!, breves
hermanas semejantes.
Ni aun en la discordia
halláis la diferencia.
¿Cuál la otra orilla?
¿Aquella que permite?
No el habla,
ni el confín horizonte.
Ellos, tus hijos,
cantan,
y el silencio es feliz.

18

Sostener ese velo
¡cuánto dolor!
Si oscura es la mortaja
que plateas,
destejes
para tu propia siembra.
Preparas los avíos
de su hilo,
reluces,
paseas y desdeñas.
Tanto abrazas
en mirada benigna
pues sólo el guiño dice
de tu andar y su juego.

El lino va cediendo,
el pastor de tus rayos;
en capullos zarcillos
señala, desvanece.

Abre la casa el Padre.

Algún lugar se duerme.

19

¿Quién ha abierto crueles
bondades a esta casa?
¿Eres?;
tan dulces pasos calzo
que sólo podría el mirlo
dejarlos en mi oído;
no comprenden mis ojos
así a la noche bajen
otras voces, pregunten.

Pero entrad, dicha mía,
aunque llore el rocío,
otra sea esa tierra.

No hables,
no muevan tus palabras
el rostro que ahora luces
y un rayo tal vez huya
o tema o aquí llore.

Como el sol del espacio
o las constelaciones,
gira,
pues es leve su aroma
y así en mi rama pueda
volver a aprisionarle
y ver crecer nuestro árbol,
recostarnos al tallo,
sombrear por su memoria.

¡Ah! tu distante mano,
no hay pobre desestimo
ni cabo en esa llama;
ave es y trino,
olvido...
Cruja la gran medida
del péndulo, detenga,
anuncie de otra flama.

20

Aún hay día, hay tiniebla,
hay nada;
en ningún lugar
puede ocultar la noche,
zafar los eslabones
de las horas, matar
su deseosa cadena.

Brazos de los gigantes
en el mínimo soplo,
el alegre zumbido
de la abeja o el nido
que la muerte construye.
Destronados navíos
si de las tempestades
vuela el sordo respiro
y en su sombra acomoda;
grata armonía tan sola
en este inmenso ruedo.

Mas ría, goce tu tintineo,
afloren los capullos
y sea su danza moza
que nos festeje, aúne
cada estación aquí
en el astro pasado.

21

Recuesta, hay cansancio,
sigue el seno desnudo
que ahora nos acoge;
su espaciosa cantárida
teje, es su tiempo
mientras ligero ronca
el buen ojo en que todo
ir y venir prosigue;
sosiegue el breve mimbre
que ahora te construye,
aliente amable espacio
mientras yo acá disuelvo.

Soñar, dormir,
¡ah! dulcísimo grito
que guía fiel a mi niña.

Su aposento es un guiño
que junto a ella duerme.

23

De brillante
es el don que recibo,
me brinda sus mansiones
y aún dispone los bosques
para robusta caza;
el cuerno silencioso
cuelga fugaz en mi hombro
y mientras van mis párpados
tras sus labrados brazos
no hallan más que ese gesto
ya brillando en su arco;
pienso, sin duda otro
sea el caudal que ha servido
y no la dolorosa
fuente que precipita,
deja a salvo la herida
en su estuche por mi hombro;
vuelvo a mí tan cercano;
tal vez un astro mío
guíe ya en otro cielo.

Pude arder las majadas,
los distantes zarcillos
que crecen los susurros,
el gentil en su arbusto,
el charco saltarán
en su pie tan inquieto.
Poblado era el sereno
campo de mi memoria,
tan parecida orilla
a esta rivera amable.

25

Cintia

Miras y no distraes
así este mundo sea
otra forma y atrevas
a llamarle mañana.
Deslizas y es la vida
por donde voy, atrevo.
Tal vez tus reflexiones
me den esos sentidos
donde aún no he llegado
al ver que apareciendo
en el olvido aún vives
la muerte que has soñado.

26

¡Ah! el pájaro zafiro
al confín de la noche,
¿quién podría prenderle?

Oye su canto,
oscuro.

27

Los poderosos galgos
del jilguero han partido,
aún no dora el sol
y sus lomos relucen.

Bajan y ascienden
y de ese trino en salto
o colina volátil
zumos de bellas plumas
a la grata memoria
donde la noche en rama,
quieta, tan silenciosa.

Despertar

Aún no, es la alondra
o el engañoso pájaro
del triste caramillo,
el destello jilguero
que alguna nube ha dicho,
el aldeano en su vuelta
que ha regresado al lecho.

La pobre hora ha perdido
y teme, gracia teme
e implora así, desierta.

La sonaja de bronce
y el dardo, ¿quién podría
darme de ti? Es nombre
aquello que el oído
de la mente susurra,
tensa el prodigioso
arco de la memoria.
Titanes u otros dones
que de aquí prodigasen,
tan distantes a aquellos
ojos de la discordia.

Dulce el tronco de esta edad,
amable su fronda,
moviente dulcísima
en azul, brillantes
y el jocundo lobo,
pobre astro y la comadreja
que boga en su niebla;
pesares dolientes aquí
en camino o tristes cantares
en ecos durmientes;
tempranos, ventanas,
labrados silbidos.

Ven donde la endecha
aún recuerda, llama,
ve la débil línea
donde hubo, la muerte
de su alegre lira,
su simiente casa.

Si al pasar entonas,
entonces recuerdo, corra,
entre a este lecho
tan fiel, donde lejos
ni reposo turban.

31

Celestes caravanas
sobre nuestros desiertos,
a veces confundidos
o en el viento colmados
si el temporal acerca,
tiende rayos y truenos
en espejos tan claros
que ofrecen, caballeros
de las límpidas aguas
y esbeltas damas dátiles,
el hortelano fuego
pulsando mientras cruje
la brasa del relámpago.

No temas, en ti sigue,
pues guardián es el sueño
de dos reinos y en ellos
su condición afronta la verdad.
No le engañan movedizas palabras
así en alud descarguen
y aparezca la huesa
en llanura o alondra,
oscuro desdorando
o andante más seguro.
Sabe de sí, ilumina
y aunque sea la tiniebla
esa temida línea
que de seguro un sordo
volcán corta, descuaja,
sorpresiva le une,
sonríe, palmea su hombro,
le apacigua, revela
en más tierno misterio.

¿Flotas, juegas?
Recorres tu dulzura
y en nada apoyas;
el verdor es más vasto;
gentes ríen la sombra
que descansa, animan
de esa ilusión, gorjean
buenas nuevas al mundo,
envían los pichones
de su bondad.

No es presuroso el día
sino a los calmos rayos
que al pensar le sorprenden,
le nombran y así nace.

Dormito, copo leve;
el brillo del relámpago
salta, extiende, arrulla,
tal vez un gesto tuyo
que has traído,
aquí sueltas.

34

Caronte

Hoy teme
el legendario.

Mas yo digo,
no sabe.

Azul es su laguna.

Ardan, enrojezcan sus ojos,
brotan de entre la llama
si no pueden las aguas
del cristal que refrescan,
el desolado viaje,
sólo el roer la líquida
lápida donde imagen
y pensar ya no encuentran,
sin una flor siquiera
que en el fluir proponga,
aquí yace, fue triste
o como veáis su tumba.

36

Las cosas desoyeron,
entornaron sus puertas,
no habían aún olvidado;
sólo un gemido hería
y no iban sus rostros,
vestigios, aire roto
de sombrío misterio.

Distante era,
fugaba,
casi cercano espacio.

Sorprendía la cumbre
que nevaba, ascendía.

El frío dibujaba.

37

¿Qué nubes
de maestro pico?

Ululan el hierro.

Perros de cintura
ladran gotas,
crujen,
en chorro abalanzan.

Escuchad la caza
del cuerpo
tan triste,
fulge en techo,
arde.

Silencia,
reúne,
en su ojo yace.

Ardorosa palabra
en este sol que amamos,
tan liviano silencio;
ave que nos prodiga
sólo el abrir sus alas.
¡Ah! si el alisio fuese
el bergantín sonoro
que has dormido en el lecho
de tu arrullante lira,
tal vez fuera este océano
que flota, ha olvidado.
Desamarré las brisas,
arranqué las cadenas
al huracán que hirviendo
me iba helando,
busqué, grité la forma
de mi sopor y no hube
ni tiniebla de habla,
mansión donde la dicha
una vez reconvino,
abrazo que indicase.
Altas columnas supe
que apoyaban sus mentes
en el mismo vacío
y esperé, nave inquieta
hasta que de las velas
una señal,
nuestras juntas sortijas
desde Profundo, un templo
o rayo azahar fundiendo.

Seráficos los dones,
el tiempo de las aves
entre el cielo y la tierra,
la palabra que arquea
cuando en su voz levanta,
el gozo despertar.

¡Ah! el infante en su astro
raudo de gracias, solo
y el vacío de las cosas
creciendo, guapo mozo.

¿Es en mí o en la bóveda
que jamás se consume?

El silvestre aduanero
apresura el enjambre,
llama quedo, señala,
ordena la modestia,
paso al clarín temprano
donde ardió la ventura.

Veamos si es el silbo
quien divide el camino,
va aclarando el deleite
y el aguzado goce recoge
el grano puro,
el más sentido silo;
colores en el nombre
de la inmortal memoria
que ahora brilla, convida
a ese gentil asombro.

41

Es tiempo de mi casa,
giró su rueda y dijo;
tendió mi voluntad
en ese asombro roto
hasta juntar los cuerpos
que allí mi ojo yacían;
sólo observé el tumulto,
sombras que allí faltaban,
voces sin otro nombre
que partir hacia sí;
vi el contorno y el dilatado
mimbres donde recomenzaban;
trozaban los aleros
de azul tan prodigioso
que allí mismo el dorado
deslizaba sus techos
y el granate ya olía;
arribé a sus sentidos
aún sin saber un último
caparazón de náufrago
y en mi mano ya estaba
tu mano, el encendido
cuerpo del mediodía.

Aura joven nos guíe,
fuerte ala del sueño;
deduzca la paciencia
que pueda la paciencia.

No arma la voluntad
de la furia sus riscos
ni las verdes llanuras
del trino el eco tierno;
gritamos un enjambre
y no sabemos cuándo
sonreirá la certeza;
así el silencio,
desboca, llama, espera,
solloza el estampido
su razón misma;
mueven de esta columna
los incansables miembros,
el paso es cierto
y pasado medita,
alimenta las fraguas
de toda condición;
busquemos en sus ráfagas,
posemos la memoria
donde futuro anduvo;
tal vez así un descanso
podamos ofrecerle
y ver a Cintia al carro
de Apolo aún soñante.

Cálido es este asombro,
no crujen sus cristales
ni es camino del tiempo;
nada aparece; el goce
de ver todo en la nada
une, llama y extiende
cada región y hay luces
más ricas y pobladas
que en nada le desdican
y el anhelo es el soplo
con que se piensa eterno
o a un costado le animas.

Vayamos, es Oriente,
claro es él y seguro
ya en tu sereno nombre.

Piensa, abre el goce
en su propio infinito
y en él encaminemos;
grácil forma de oscuro
tan luminoso en hechos,
gruta misericordia.
¿Ves la horda que acaba
de atravesar sus cielos?
¿Las cimientes cadenas
donde el hierro sonríe?
La indetenible lanza
llora, no halla la casa
que tan niña ha dejado;
Hefestos, pobre Hefestos,
no cesa y los relámpagos
truenan su triste sombra,
Mauthausen, los aullidos
de la seca soberbia.

Mientras granan las ruinas
donde creció la gloria
nuestro rumor veamos;
nos recibe, es amable,
corre a reconocernos
los hechos que ha guardado,
más diestro jardinero.

Yérquete, yérquete,
celebremos, celebremos,
veamos estos túmulos
renacer en sus liras,
ardamos en sus cuerdas
hasta que los refugios
abran su faz, despierten,
miren de sus cadenas,
asciendan y prodiguen
todo lo que el silencio.

¡Ah! las rocas
donde fuimos llorados,
líquenes rojos siembran
su color cada día,
cortan sus ramos, tiernos,
tienden pálidos hielos.

47

Era el guerrero
amado;
en sombra anduvo
herido,
llegó hasta tus colinas.

Dos sepulturas tuvo.

¿Qué habrá en esa corona nupcial?
¿Correrá bajo ella tu carroza?
¿O iremos tan distantes
en nuestro anillo?

Cómo callas
¡oh! héroe;
¿por qué el cenit caído?
Polvo él en su tesoro,
¿por qué en quejido, mudo?
Sólo si faltas tiemble
pecho, azor, poderío,
la hierba un alto haga.

50

Dos pájaros durmientes.

¿Cuál en vuelo?

51

Temo,
esta hoja dorada,
se ahueca,
me persigue.

Como gajos de la voluntad
olían tus frutos y ni altura,
ni abismo, ni valle, ni colina
sorprendían como ellos;
la onda, el movimiento
que los vientos zarpaban
y la quietud, el rastro
que por mí desprendían.

Meditaba extranjero
estas bellas razones
y sólo una caricia sentía jugar;
no hallaba la templanza
que en lo oscuro me viese
o en la luz secretease.

Desde un tiempo que no hube
miraba yo tu casa
y era feliz mi casa.

Todo espacio es el tiempo
antes de la ceniza.
Seguid llamas, arrullos
con la única ternura
que ahora ella habita;
cuidad su sueño, ved
si aún éste respira
o algún deseo persigue.

Custodiad mi palabra
así los cuatro nortes
tengáis por siempre atados,
los cuatro hondos ladridos.

¡Ah! dulcísima lágrima
que veo correr por ti,
¡ah! dulcísimo labio
que apenas se estremece,
ojos leves que cierran
callan hacia mis ojos...

Todo es memoria,
oíd, grite espacio esa queja.

55

Canta,
nodriza de los rayos,
que nutran
su instantánea lechada.

Tú, a los prados vuelve.

Casi en el alba,
tiéndete.

56

Aura joven nos guíe.

Cintia amable,
eterna.

¿Qué murmullos, susurros?
Hay día, hay noche,
hay día,
nace y crece la lumbre
en su extrema belleza,
cae su fruto, germina;
el poderoso árbol
de la salud sepulta
aunque yazga pues vuelve,
verdece, da el camino.

Nieblas, nieblas
en los cuatro guardianes
y sus capas lebreles,
tristezas de Caronte.

Tristezas de Caronte
aquí en los plenos reinos,
macizos agujeros
muertos en la piedad.

¿Lee la lejanía,
niña que ha enarcado?
Miradle los labios,
sacadle del soplo,
rozadle el color,
disolved sus ojos,
gañanes asombros,
que lo suyo vean.

60

Brilla, esplende,
capitán de los sellos.
Una hebra dadme
y una viga de mimbre.
Mi labio pueda
lo más frágil y atine.
La sombra es eso,
te mira ir
y teje.

61

Ahora doblo el Ponto
y me interno en sus selvas.
¿Cuál tu límpida calle
que alzas indiferente?
Los días cierran sus puertas,
alguien sacude esta sonaja,
tiembla.

Pienso y no desdeño,
arrimo bien y mal
o lo que ya no existo,
bebo mi onda, sumerjo,
duele sobre mi hombro.

Mas, ven,
toco estas maravillas
en tu serena lápida
y el buen cuervo profesa:
si a una nave te atreves
que seas tú mismo,
allí el mar desconoce,
será maravillado.

62

Gris se advierte
y no canta su vuelo
la luciérnaga;
la araña desmadeja,
no convierte su ovillo
más razón que la tuya,
pálida desvanece.

¿Existes?

¿Qué batalla acontece dentro mío,
qué batalla?

¡Ah dioses!, es de lejos mi sombra;
lanzas son estas ondas
y otro escudo no tengo
que esa luz que me llama.

¿Qué corceles navegan
entre las mismas lanzas,
qué voces las espadas
de estas ondas que habito?
No otro arco poseo
que ese arco que me llama,
ven mi gentil saeta.

En líquida memoria
remaba allí el barquero,
golpes de niebla pude
entrever en tus labios.
Había asomos trayendo
en espaciosos cuencos
fines o lejanía y pregunté
al oído si era temor, certeza
o el paso en esta orilla.
Una serena hoja deslizaste
y mi mano tocó esa fresca mano.

Entonces agrupando un trozo de los vientos
jugueteaste; se oía ir el verano por tus dedos
y en ramas sombrear el aire;
recordé los vigías, doblaban los atajos
y era el tiempo cercano;
leyó un trueno su niño;
piensa, tiempo es de bayas,
en lo alto juega, piensa;
arqueaste el instante tan feliz de tu cuello
para oír el silencio,
un arrullo en tus labios;
el galgo soplo andaba,
el arqueado lomo de los sueños, ¿de caza?

Que caiga, vuele el talón en fruto
y estos tallos se cierren,
entornen las ventanas
de su hoguera, detengan,
piensen, piensen sus puertas
y veamos sus cabezas,
sobre el lecho, apacibles.

67

Mullida sombra olía
al caer de tus párpados,
nada más que el tenderse
del olvido que somos
y correr a ese hijo.

Un grito desoía.

Pasaba la memoria.

Soñad, el abejorro
toca su ronda, esculpe
agua ya más tranquila;
tu gesto mordisquea;
queda el nido sonriendo.

Vuela, libre cordaje.

¿Por qué herir?,
aún la misericordia a ese fugaz,
¿herir?, vacío rostro a la sombra
de ese rostro vacío.

Soñad, trenzad mi mano
y este espejo asombremos;
tal vez tan sólo seamos
lo no existido; vuela,
libre cordaje.

Pétreas dagas en los pétreos gemidos
de la consolación,
huyentes inaudibles, cegadas transparencias,
caminantes, ya solos;
¿será acá o allá o mínima o extensa
gota que nos recuerda,
llama y es el comienzo?
Desdecir si hay corriente de verdad
en la huella no es hallar;
divísenme las alas de tus rompientes,
guén, agítese la dicha,
corra a mí, reme a ti;
more quietud si es techo,
si mente lumbre, more.

Velas al seto del cardinal velero
que siembra a Oriente,
ni rumbo o sombra aquí,
traspasos que ha vaciado
la igualdad, la fortuna
de quien ha sido y dado
pues has llenado todo.

71

Se descuelga la onda de su rama
y en fruto ya maduro oigo abrir el sonido;
¿abierta espuma o trueno o roca que su cáscara
expande o flota o danza
cierra contra los vientos?

Llegué a mi oído y hube
y allí albergue reíste.

Bellísimo canto fue hilando,
sin rostro ni forma fue hilando;
no es este el páramo de aguas
que pueda herir a los ojos,
ni aun nacimiento;
viértete, salta de estas rocas bicornes,
aflige la espuma,
olvida tu nave en la mente.

73

Bellísimo canto fue hilando,
un capullo lento...
Reíste; nada;
nada, eco, nada...
la sombra del lejos;
reíste;
la noche colgaba en su rama.

En lo alto juego,
pienso, juego, pienso;
en lo alto, colina o vallado;
al pecho he subido,
corrido un momento
junto a lo deseado,
mirado, corrido,
sin puertas mi paso,
abiertas tus puertas.

75

Ahora doblo el Ponto;
la gaviota del vino
vaciando el pez,
el frágil
saco de firmamento.

Buen oído el camino
de estas aguas,
susurran las amables leyendas
que leen aún sus ondas
o aquellos que entre sueños
corren por la memoria
o solamente borran
todo vestigio y dejan
que avance por la mente
el aliviado olvido
o su fruto, ese abismo,
nuestra única casa.

Azul es el encaje,
el timón de lo ido;
verde amarillo, rojo,
tan sólo ese descanso,
ese instante que duerme.

Nada a este óvalo que huye;
verde amarillo hunden
sus brazos, siembran,
desmontan hasta el último
fulgor que da la noche
y el día otra vez,
la nave,
una mínima hoja
que cae estremeciendo.

El mismo árbol ¿silencias?
Mientras alejo, ven,
que estas frondas animen,
arrullen en el soplo
que de tus ojos riela.

Plata o marfil al borde
del chorreante lomo
que parte, da la guía
sólo al labio que hunde
sus ojos, ya sonrientes,
ya en ti el timón que halla.

81

¡Ah! Cintia, ven del mármol;
vive, plateada caricia
más allá, más allá,
construye, haz el sueño.

¿Qué oigo, qué apaciguo?
¿Acaso el cuerpo en los bellos sentidos?
¿Acaso estos en su liberación?
¿Qué uno, qué aspiro?
¡Ah! dulce enjambre
que trae a mí sus mieles
les sirve en nuestra mesa,
habla al silencio tan cuidados deleites.

83

Seguid, anillo,
bóveda anudada a tu ave tan dulce,
instante que flota,
siervo serenísimo de tu propia casa.

¡Ah! verde sonido,
¿escuchas tus pájaros
desde su garganta
y el fruto que estallan
cuando transparentan?
Sólo el día o la noche
son su sobrio oído,
pueden en su viaje
gozar esa sombra,
recordar al árbol
donde han reposado,
callado el camino,
descifrado el ojo
que mira, pues ¿dónde
podríamos hallarle
si no en esa gota
donde unidos vense
ya en sí traspasando?

85

Como las cabras
salta el viento
en las rocas;
su hato es fuerte;
a veces en susurro
mueve su cornamenta.

Tiembla el espanto,
hay gritos,
golpea el astro navío,
mas aún, amada, hay torres
aunque en mi mente ahora
dos péndulos distinga
irse al viento apagando.

87

Tierna, tierna Medea,
he caminado tanto como tú,
¡oh! alivios,
dioses, dioses crueles.

¿Qué hemos visto
por estos caminos que nos huyen?

88

Tu sandalia en las zarzas
duele;
sangra mi paso,
el pecho
se me ha hecho extranjero.

Ella

¿Dónde huyeron los vientos
cuando tristes
los espacios flotaron?
Callado fue el sonido,
partió,
aquí las lágrimas.

Seguid, seguid remeros.

Flotaba el tiempo,
el día
sobre aquellas molduras;
en largo hilo dejaba
cantar a sus colores.

¿Dónde huyeron los vientos?

¿Y la roca de agua
que subía a mirarla,
lo profundo en los hilos
de su final cortina?

¡Ah! si el tiempo llegara
caballero en planicie
volviendo los atajos
a sus ojos,
buscara.

¡Seguid, seguid remeros!

Estos son los espacios,
sólo que ahora rotos.

¿Qué tormentas son esas?
¿Bandadas de la hondura?
¿Alturas que han llegado
hasta verter y ahora
en sus vasijas, secas?

Dadme esos chorros
solos, que fluyan;
el aire en mimbre
pueda recogerles, sentirles,
tejer de sus caricias
y verles cómo duermen.

Óvalo desolado
en este mar
del hombre.

Engañoso
ha dado vuelta así,
en sí ha quedado.

Pero es mozo sereno,
tal vez por siempre
triste.

No apaguéis en el hilo
que ella os ofrece,
ni cortéis su labranza.

Venid a esta hoguera,
haced la ronda.

Corre el cuerpo de leña
en sangre roja,
sangre de salmo
en gracia
a su victoria.

Chispea su arroyo
en ráfaga,
le encima,
atrapa,
su cabrillo más fino
que en sombra salta.

Venid a esta hoguera,
haced la ronda,
canten nuestros carbones
entre su llama.

Cuando el viento olfatea
y en troncos de aire
saltan los ciervos,
miran sus cornamentas,
¿dónde habrá de poblarse
el huracán?
El paciente vilano
que vemos sorprendido
bien puede conducir.

Era aquella la chispa
de la que hablabas
fijando al horizonte.
No encendía tu cesta
aunque allí la guardases
y sigiloso iba
a mirar aquel niño.
Sonreía aún dormido.
Flotaba, despertando
el terreno allá abajo.

Me oía llamado
y junto a mí
tu rostro
que él callaba,
más lúcido.

A veces, ante el sol
de una hebra tejías,
bromeabas aspa aguja
deslizando en el viento
sin saltar de tu tela
lo que en ella pensaba.

Un abanico iría
a otro ardor,
apoyaría el desmayo
o apagaría en los labios
distráido, olvidado.

¿Qué venia inclina, abriga,
colorea este gesto o cascada
que entreoigo, rueda verdad
o en su bello torrente
mira las voces
donde ahora cristalina?;
¿corres en rayo, aquietas,
ríes, desapareces?;
¿saltas en júbilo
a este tablado mío?

El Monte de las Gracias,
la araña ardiente
en vilo, cacareando;
el tigre
línea en curva
a plumas blancas.

Tendida águila en soplo
aquí dejadme,
haced de mí la hebra
en esta cima,
un ojal a su aguja
en sombra blanca;
su mano riegue,
leve,
en tela azul de altura
al sueño llegue.

Reíste, ardilla ardiente,
en mí esbelta reíste.

Era otoño, doraba,
el manantial del pájaro
bogaba hacia occidente.

¿Fornidos nadadores
llegáis de Troya?
¿Habéis visto el Erebo?
¿Qué rostro le designa
el encuentro a su mano
cuando extranjero avanza,
ofrece en bien su casa?

¿Dona su hogar
y hay viandas
niñas en sus palabras?

¿Ama?
Dama es su honor
y el trino
de la estrella le oculta;
no viviría
sin esa virtud;
grave señor,
ligero,
tal vez insista
y marche
bien servido el camino.

Su reino sufre;
heraldos han venido
y con ellos presente.

97

Entonces, desde el tiempo,
la inabarcable ave
de las transformaciones.

Seguid voces volátiles
con collares acaso meditantes;
el bostezo de un día
que ha crecido y regresa,
ve vuestras nuca,
tenuemente acomoda su cuerpo
en esos visos
que acodados desgranar,
van separando el tiempo,
la trilla donde doran.

¡Ah! ese chorro madero
que alza de sus costados
y en el gozo jinete
onda a onda desmonta,
brisa del cabeceo
que en la silla sucede
antes que el lecho sirva
su festín, esa turba
de acariciantes horas.

Todo, nada anochece, atisbo,
es el coloso búho poniente,
fornido en el lamento
juega salvo, sonrío,
¿Selene, Apolo, Augusto?;
serena breve mía,
no temas sus visiones
ni esculpas, fijas, huyas,
deja que los prodigios
puedan ver este mundo,
presientan, den el aura
que destruye, ilumina.

100

Ven, vayamos, sí, vayamos;
a las puertas del Padre
hemos visto,
puertas desnudas donde glorificamos.

Bajo este sol frondoso
un descanso apoyemos,
veamos cómo el viento
hace caer las horas
ya secas, por nosotros,
dora en estremecer
nuestros cálidos cuerpos.

Las Águilas de la Tristeza

*A María Zulma Álvarez,
mi esposa.*

Incendias de lo oscuro

Incendias de lo oscuro
y no veo la verdad.
Confuso es el espacio
que llega a sostenerme.
Me recuesta una lámina
allá lejos,
un antiguo bosquejo
de cuando eras.

La mano que me tiendes
fue cierta en el camino
que aún no he transitado;
le exiges entre el brillo
la altura donde cabe
sin duda el alba pálida
en que apoyas y dueles;
osa al azul violento
en su ajuar ya tan dulce
cuando más cerca sientes
que he desaparecido.

¿Piensas, riges?

¿Piensas, riges?
¿Rasgas al tacto amante
el lecho donde has sido?

Acial venado en saltos
que del tiempo desprende,
cae así su cornisa,
el buhonero viaje
y altivo nada rinde
así el astro dispuesto
para el hogar vacíe
de sus rayos la sombra,
la reciente sandalia,
la espléndida barbilla
del iniciante día.

Ve, pues.
Erija en don la duda,
no apague el caminante.

Veo en mí los desbordes
del confundido hueso
tras la cóncava gracia
que ha herido, no comprende,
oficio lejanía tan deseado al triste.

Leva el túmulo

Aclara, leva el túmulo
donde habito o apenas
formo la escasa hierba
que le guarda, le oye
y el ciprés venerado
que el sol ocaso enciende
cuando entreabres las puertas
de mi gozo, silencio,
da sus amados frutos,
las levísimas aves de la espera,
la ausencia.

Lejana es la osadía
de ese instante perpetuo
que en esta perla única
que gira nuestro océano
vuelve a dar los caminos
donde anima este mundo.

Cómo encendían las naves

Cómo encendían las naves
el agua, niebla llama;
las hornallas del viaje
hervían abundantes,
los tronquillos de olas
y de surcos corrían,
soberanos atletas del fuego
y entre el humo
a veces un descanso
al verdor de su tallo,
una molicie ojeada
a su íntima pradera.
A babor la canción
de los nómadas vientos
no cesaba, fluía
y de su huella el caldo
de los días empinaba
su casa, más robusta.

Iban.

Los ríos del hogar
a la excelsa ceniza.

¿De dónde llega?

¿De dónde llega
la voz de ese quejido
que escala el aire
tumbándose imposible?
¿Quién allí le ha dejado
y sigue alimentando?
Se acerca y disminuye
como si de las lágrimas
fuese el desprendimiento
y en el vacío que cae
se oculta y no percibo
más que el tiempo que ausenta,
breve sombra que a tientas
apenas huyo, arribo,
levanta hacia su frente
otro espacio que existo,
sonríe, me contempla,
extiende en don sus brazos,
llora en mis ojos
los más bellos jardines.

Tan distante

Tan distante es la rueda,
susurró, cuatro abismos le guardan
y no hay puerta en los ojos
de estos graves gigantes.
Vio el frío que venía
a suplicar consuelo,
a mendigar un poco
de las secas corrientes.
Hielas oscuras, predijo,
y quienes contemplaban
esta sentida ráfaga
cayeron, mansas filas
al dolor que sufrían
sus desprovistas formas.

Nada, ni el ir previendo
o avanzando el perdido
ojo donde redimes;
cuenca floral que agota,
balbuceó.

Hubo sonoro espacio,
tal vez húmedos párpados
que flotando buscaban.

Era allí, recordó;
el redimido trueno
jugaba por su mente.

La mansión silenciosa

Nada en los huesos
de la piedad,
la mansión silenciosa,
la de ojos postrados.
Más allá de la escala
de Jacob, en subienda,
el de grietas profundas,
el gris, herido anillo.
Más allá,
en el ánfora negra.
Seco el camino de los lagos,
la húmeda voz de los jardines.
Seco el barquero en su retumbo,
sin muerte,
dado quieto,
sin muerte.
¡Oh! más allá...
En el gesto del santo
el túmulo entreabriendo.

Si la rueda en pendón
trozando flameara
lejos cercanos,
buenos amigos al abrazo,
torres de labios cálidos y linos
blancos hasta el deseo
no harían los precipicios
sus moradas tan solas,
sin altares, sin canto,
la frente de lo oscuro
precipitando siempre.

Cuadro

Cóndores en albatros
cuando encienden los riscos
las tormentas y en alas
de poderosos fuegos
rompen en sus llanuras,
juegan en los senderos
de los truenos profundos,
el rastro de los vientos;
corpóreos manantiales
vaciando en estampidas
sus pavorosos toros,
el escarpado sueño...

Perdidas rosas tiernas,
el sacro Minotauro
a un costado del tiempo,
sombrió insepulto al lomo
de su insepulta niebla.

Pliega la codorniz
su aire, libra el remo
a su oculta corriente,
empuña el vivo faro
que corre a sus criaturas.

Venid, ved estas formas
bajo el plácido cuadro
que habita, centellea,
el poderoso techo
que mira cómo empluman
sus polluelos su casa,
mientras ase el abismo
con que les alimenta.

Breves palabras

Breves palabras para el susurrante.
Aquí es la casa de los allegados,
los aún desprovistos,
los vastos sorprendidos,
los guías mensajeros,
los fantasmas polluelos
en las cabalgaduras
de los días ya muertos,
los sin fin en el vuelo
del sueño que todo abre.
Aquí es la casa de los allegados.

Crece la espiga del dedal,
encurva la invisible bondad
que el cuello dora
al ir del hilo al sueño,
galgo amable
tras la presa que flota.

Agua rota en la piedra
para los condenados,
sombra rota en la piedra.
Aquí es la casa,
rojo ahora en su águila
desterrada, muriente.

¡Ah! la mano que hendiendo
más allá, desolada,
el morral del vagido,
lo sombrío en su caja.

¡Ah! vosotras

¡Ah! vosotras,
tan prepotentes blusas blancas
que a la paloma
oscuro vuelo
dais como canto.

Y de las rejas que apartando
parecerían libre espacio
no se oye el ruido
de la paja;
el tintineo de pichones
al picoteo azul que calla.

Riega la sombra su árbol verde,
la rama seca poda, gime.

Grito aleteo por el reino.

El coro cierto llora,
espanta.

Los días

Como diamantes se desgajan,
ruedan a un sombrío atributo,
perlas sobre la palma
aún secreta, volcando;
la algarabía infinita
al infinito paño.

¡Ah! navíos que han visto
esa sombra radiante,
los puertos tenues, lejos.

El escribiente asombro
que ve sobre su mesa
la jugada en acecho.

En la sagrada casa
cantad crucificados
el padecido nombre.

Sacude el lomo

Sacude el lomo el triste,
tal vez en rayos sea
su descanso o le acuda
ya por el mediodía
el sistro de la tarde.
El desdoblado dardo
de su sombra aún errante
a la fimbria cadena
que sopla, ciega, tañe.
Arrulla un alto oficio
y de la amada ruta
alborozos acantos,
suspensos aires libres
por el mármol flotante.
Y el espigado sueño
de una gota que abre.

Patio

Llegaban del tejado.
Cinco picos brillantes.
En la gran explanada,
fugándonos en trozos,
diminutos arietes
titilantes, en velos,
caían de montículos,
brisa azul,
seda lenta que hilando
helaba por nosotros.

Algo aún sin espacio
movía en quietud.
Corríamos dispersos
cuerpo a la vasta bóveda
que cerraba, fluía.

Así, entonces,
desde los meditantes,
el traspaso volátil
al levísimo llanto
que alumbraba el camino,
hoz granero, mirando.
En lo oscuro, escondido,
otro veloz más lento
y desde sus orillas
pronto hacia sus corrientes
el vigía de una gota
pestañeante, hiriente,
sólo al desprendimiento.

El salón de baile

Caes,
el tallo ahí dejas.

Le visten ahora
luciérnagas sedas
al desmoronarse.

El salón de baile
recoge, alumbra,
da cuello a la noche,
oye de los brazos
y el veloz silencio
que al rostro asemeja
no calla,
pecho recostado
si es en el susurro
cuando nos golpea
al ir disolviendo.

Venid, fermentos

Venid, fermentos,
refugiémonos.
Acercan los solemnes,
mancas muletas
o desbordantes tiaras
de estos míseros pueblos.
Cojean los leños
de la enferma ceniza.
No cantan
sino un ocre gemido
cuando quiebran las brasas.
Un tambor en refriega
levanta de su llano
los verdores del toro
y al compás de ese cuero
ya muerto, las cervices
de castos matadores.
Gestos de gloria
en pastos burbujeantes,
los cuidados toneles
de la razón,
la espumante virtud,
más añeja,
el cristal donde habita,
verdad donde se duelen
los cuidados, ocultan.

El devenir sucede

¡Ah! los ríos del viento
con las puertas abiertas
y piadosas ventanas
aún tan melancólicas.
Asomadas, qué pueden
decirnos si la búsqueda
esconde entre el granizo,
ama desde la niebla.

El devenir sucede.

Algún rayo es la rosa
que puede ser,
el labio que entreabre,
apenas dice, tiembla.

Si el arquero

Si el arquero en colina
onda u otra fortuna
del movimiento, hallas,
su alejado destino
¿podríamos ver?;
asir hondo el sentido
que aún nos desconoce,
encontrarse y mirando
desde donde procede
transparentar la Gracia
hasta ese canto último
aún inacabado
y regresando juntos
tal vez hasta el espejo
que el instante detiene
antes que el curso borre
en otra hondura
y se oiga el arroyo surtiendo,
¿podríamos comprender?

Designios por la huella
titilante que en piedra
evaporada y única
busca su llano,
guía seguro al sueño
sin más visión que el tiempo
allí infinito, solo,
la flama entre la flama
de la vida y la muerte.

¿Cuál forma representas?

No veo el aire de las ocasiones
ni el fuego donde anima
la tormenta que fragua
niño de piedra y duerme.
El tallo de los lechos no hallo
ni el crecer que le llame.
El labio de las sábanas
seca hoja es. Así la hora
que traías en el paso
soltabas y mirando
cómo se iba extendiendo
cambiabas a su mueca
rientes orillas, voces,
barrancos moradores
de saltimbanquis guiños,
mientras de la butaca
de aire que estremecías
veías a los telones
callando, recubriendo
el aplauso vacío.

Las mansiones

Alas de roca,
ecos,
doblada luz goteante.

Las mansiones se han ido.
Niñas horas ancianas
palidecen, se llevan
las últimas visiones.
Puertas que se abren,
huyen,
ventanas que nos miran
y en la fulmínea risa
de una palabra escapan.

Las mansiones se han ido.
Huecos, huecos de aire
y tejados cisternas
sin la alumbrante agua,
la barca de la mano
que se recoge, acerca,
rema al sentido yermo
que le oye, compadece.

Los que nunca han tocado

Los que nunca han tocado
en la provincia de los sucesos
como en la Kaaba
los poderosos ángeles,
no han llegado al Destino.
Vagan aún sin sombra.
Negros vestidos
de colores
abundando su agua
entre solemnes rápidos
de bien pulida piedra,
lejos de las orillas
de devastado rostro,
hombros sepultos
entre los arco iris
que la brillante mesa
balancea cuando ellos
caen de sus mendrugos,
vacía el tizón...,
ascienden al tablado,
sin huellas, manantiales
donde al beber las cuencas
del agua reaparecen.

¿Quién desde las bellotas?

¿Quién desde las bellotas
curva el peso, le extiende?
Destreza amarillenta
donde aúna la nieve,
su propio sueño, ocurre.
Y del vaivén el manto,
el razonado arcángel
donde al final se apaga.

Aves del cielo
por el color que diáfano
mira cómo le ausentan,
a otra región le vuelven,
tal vez las callejuelas
de un venidero tiempo,
un eco que ha sentido
que sus columnas, rotas,
dan al ojo abismado
otro esplendor, el ascua
que bogará sin duda
otro bello fulgor.

Fluye la abeja de lo dicho
y entrambos punzón o almíbar,
derrama sus caballos
por la huida pradera
que la gota detiene,
la animosa figura
que esa dulce corona
más brevísima entonces
abre de azul, resuena, tira el abismo
tal vez entre sus lágrimas.

¿Qué veríamos entonces
si no la inacabada
rompiente que golpea?
Sin duda días más cálidos
pensándonos dulcísimos,
rocas sentadas
viendo correr el agua.

La razón de un ovillo
que a tejer se dispone
y ve cómo su mente
es finísimo lienzo
nos acierta en el canto
de la hebra, desune
quietud y muerte.
Entonces la rapaz
muestra al oído el ojo,
donde atizan los brillos,
los sagrados halcones,
profundas hondonadas
del huidizo alimento
cuando el horno encendido
de la noche provee
y en el recogimiento
de los lindes, espacios,
festejos de carbones,
hechos del porvenir
o la oscura, esplendente
rompiente donde apaga,
duerme sin duda, duele,
la plácida anunciante
en su asombro:
el oceánico,
supremo hijo,
lejos.

Lleva el vilano

Lleva el vilano
un eco pobre
para la casa
del vacío.
Puerta de viento
gira, dice,
se oye en la voz
que llama, gime.

Adentro sopla
en su mortaja
la fragua sola.
El lento anima
en fosa, prende,
abriga en blanco,
niebla, duerme.

La rota sombra

La rota sombra del ópalo
que desde tu oreja acaricia
en una helada corriente
me nubla.
Golpea remota otros seres...
un lento socorro de agua,
mirada, descanso.

Hechos hay en la sola
prontitud de una lágrima
si ha callado el amante
o la cerviz del llanto
aún hala, forma dulce.

Talo ahora los trozos
y recojo el poniente.
No estás.
Sólo el murmullo
que al moverse recorta
en la seda más fina
su vado, y le alimenta
con la onda que cae
de tu cuerpo y fallece.

Nada por estos cuerpos

Nada por estos cuerpos,
el árbol que despide,
la avellana llanura
que se va desprendiendo.
Las grietas del rojizo,
el vaso de avalancha
río de blanco, desliendo.
Los témpanos de ocaso
ya construido el día.
Nada por estos cuerpos,
yazgo aquí... yazgo aquí.

Sopla en el horizonte
horizonte su concha,
emprende turbulencia
su camino, reúne
los hambrientos legajos
y del pálido oro
sola en su ajuar la mente,
sin comprender apenas
los alejados ojos
cuando al abrir los párpados
oye cantar de nuevo,
mira partir su niño.

Vastos, amados círculos
alargando en la gota
la pendiente verdad
que el cordel suelta, hunde.

Y del violento charco
de sus tinajas,
soles, disparos, duendes,
la orilla que tocamos
al ladrido buhonero
donde el viaje prosigue.

Calmos rayos

Qué atroces, calmos rayos
tras las constelaciones;
se han ido,
muerto el foso del sagrado perpetuo;
algún águila en sueño,
un lejano ladrido,
el hornillo que calza
su pie, llama los rayos
a la caza infinita.
Ya ascienden, corren, unen
en dispersa jauría,
acorralan el cuenco
profundo donde otean
las pacíficas flamas,
la edad de oro,
las vastas cornamentas
donde al final suceden,
dan rondas a la noche,
tocan la roja lumbre
donde les sacrifican.

Ahora del navío

¿Qué ha coloreado,
bebido en nuestra joya?
La alta voz de septiembre
se alza, suena el júbilo,
arranca de lo lívido
todo olvido, engasta.

Del fin de las palomas
se oye el humo,
poblado de ventanas
que a las alas se lanzan
y rojizo chasquido que llega,
dora el vientre,
ve amamantar sus puertas,
aviva los tizones,
toca en leve, levanta.

Crece en rastro este aro
donde apoya, expande
ahora del navío
donde va sucediendo.

La inconfundible

La inconfundible zarpa
cuando llega es lejana;
no sabe o no predice;
deshace el vasto alivio
de una mínima gota
y allí encamina,
rema del tejido lamento.

Límpida desnudez
del agua cuando hundiendo
su susurro en la piedra
ve sus hilos jugando
y cierta ya, en jolgorio
desdobra hasta que el brillo
sólo es su cuerpo errante;
el apiadado enjambre
que baja del seráfico,
bulle a ese templo,
abre, toda visión.

Hemos cantado

Hemos cantado,
en arzones urdido
nuestro ruego.

Debajo de los puentes
las pilastras del frío
meditando los cuerpos,
las cuchillas ventiscas
en sus desarrapados
ciclones, niños muertos
entre los agujeros
de sus prendas desnudas.

Sueños entre las arcas
que conmueven, aúnan
tal vez la niebla al ramo
cayente donde cálidos
creen su niño,
vuelan entre los pasos
a la adulta razón.

Sube el susurro
pues los muros no ceden,
el trino caballete,
el desbordante pájaro
en copos que retumban,
traen del horizonte,
animan de los hombros
las miradas que flotan,
posan, callan, suceden.

Soleado es el gesto del domo,
la corriente que dora.
Corre el atardecer,
le habita,
desmigaja a esta taza vacía.

¿Tocas el humo,
cada porción que entrega?
Siempre de sus tizones
animando a otra danza
que en lumbre sombra sirve.

Y del tronco que ensanchan
las pavesas del búho
al ojo de sus ramas,
la inmensa noche, abierta,
gustando de sus sorbos.

¿Por qué, ¡ah! Capitanes?

¿Por qué, ¡ah! Capitanes,
yacen estas moradas?,
no hay brillo en sus chisteras
cuando el sable era aún ámbar,
corría la cisterna del gallo
a dar su agua,
cantaban por la moza
los sueños, bellos astros
en sus botas celestes
y el clarín, ese océano
entre la luz naciente.

Zumban estos tejados
en sus cuencas, lastiman;
desde el pecho
que bien ha protegido
no miran y los trozos
caídos, de aire seco
no ciñen, no pronuncian,
sin su sombra se han ido.

Columnas de geranios ausentes,
la solitaria hierba
y astillas de algún patio.

El correr divisante
que llega cuando parte
en fila el buen momento,
el umbral de lo lejos
en su paciente puerta.

Pensadora tristeza

Duele el pronto relámpago
si es suya la tormenta,
el ceniciento trueno,
retira a la memoria,
pierde allí, ojo inmenso
donde sepulta, duerme.

Pensadora tristeza,
si de las codornices
la gentil sombra vuela
queda en sus manos sola
la aguja y es ahora
el temblor que desea;
no puedo
más vida ni deseo.

El festón que seguro
cuando de la textura
del viento llueva el rostro
de una proeza amada
y el ala de las cosas
vuelva a jugar su cuerpo.

Llamados, leves fértiles
al rodar distraído
de lo que nos advierte.

Animo. Vuelvo al tiempo.

Por las cumbres los hechos
del murmullo que habitan,
errantes sus columnas,
sin despertar.

El cuatralbo

El cuatralbo,
viento de las praderas,
no oye el simún,
ronronea
su galope en las cumbres
imitándole.

Más poderosos riscos
arrancan de las crestas,
tiran sus aros
y entre voces oscuras
columpian los arroyos
de la piedad.

¡Ah! tú de los navíos,
sube hasta lo íntimo,
haz el ave
entre su regocijo,
vibra los aparejos
de la espuma colmada.

Entre el verde resonar
la caída del aéreo errante,
el custodio a las puertas
de la orfandad.
O esa brisa colina
que del ciervo desprende,
el casco donde flota,
curva, desaparece.

A los huertos fui

A los huertos fui,
caminé el espacio de aroma
que alzaba. Diluido era,
casi distraído andar que perdido
nada desoía.

Un alto de pronto se desmoronaba
en sombra de ave

o corría el terreno de su cuerpo.

De lo aleteante se veía la fruta

de un panal dorando,

zumbido en cortezas

o casi el espejo que el agua recoge

cuando entre sus manos

un trozo de sol redondea.

Y allí no se calma

aunque sienta el juego correr

y cansarle una espesa nube

y la lluvia llegue,

levante entre tallos al inquieto niño,

le abrigue otro rostro

entre lo que queda

de ausente en nosotros.

Al mediodía el aroma

Al mediodía el aroma
se siente dividido.
Los cuatro, cardinales espíritus,
bajan desde la hondura.
Redondea el metal
y ante esos cascots mira
el plato azul. Recuerdo,
en tu inocencia
cuando nos deparábamos
el filo más agudo
y a la risa cortábamos
su cáscara, exprimiendo.
Había dudas, si el día
había vuelto a su lecho
o la luz demorado.
Desde los caminantes
que a veces detenían
en un corto saludo
nos veíamos salir.
Llevaban su cosecha.
Y nuestras dos espigas
los dedos enlazados
devolvían el regreso
a las trojes, en fardos
de más digno trabajo.

Lo esperado

Han abierto estas páginas
lo esperado, leído.
Acá tu agua, tus viandas.
Aún es cálido el humo
que desprenden las sábanas,
sonriente aún el lecho.
Mira, toca este aire,
tuyas son las palabras
del hogar, el silencio
que afuera el grillo lleva.
Dispone de la noche
que el sueño acá nos trae
y del alba que anuncia.
Dos caminos la luz
te ha elegido, extranjero;
llamarán cuando Cintia
frente a Aurora se una
y suelten el alado
resplandor con que Febo
enciende nuestra casa.
Veréis la oscura noche
que encamina hacia el humo
o la hermosa tiniebla
cuyas huellas relucen
tan sólo los joyeles
que abismo abre,
Titanes
donde la muerte ha muerto,
no sabe o se refugia.

Abro el fin

Abro el fin;
has dicho y no he rosado
el vocablo que existes;
¿blanco donde aún andante?,
¿oscuro u otro vuelo?

Silencio tintineo
a mis tristes colores
que siento ahora al cauce
del arroyo buscado;
piedra seca que extiende
hasta perder sus alas,
llamar lo que apacible
dibuja en aire, guarda.

La bella sombra ardida
en el halo que ha visto,
la fugitiva aurora
deshabitada, lejos.

En lo callado armo
mi casa, la alimento,
doy a su rostro
gozo, quietud,
guardas que erijo
si volvieses hallada
por lo desconocido.

Porfiados barracones

Porfiados barracones
donde al fin yo tumbaba
tu sombra.

Demoraba la brasa
en extender el lino
y dar el nombre último.
Volvía a recrearse
y sentíamos los pájaros
antes que el tronco huyera
a la fosa sombría,
quebrara su hebra única,
partiera el ave oscura.
No fúnebre rocío
hasta esta congoja,
hora al aspa verdor.

Eran cabalgaduras de marfil,
dominantes apuestas
en brechas de cerrojos
ululando horas prontas.

Soltamos las amarras
en el gajo propicio,
subían y bajaban las ramas
sus escollos
jugando los plisados
verdeazules suavísimos.
Secreteaste a mi oído
una selecta brisa
y fuimos por un velo

más azul que ondulaba
la voluntad segura
de algún dios, esos días
tan amados que ellos
separan con sus dedos,
como el lienzo más puro,
nos dan
y es otro sueño.

Doblegamos la espuma
en un hilo más fino
que podía alargarse
no en viento hacia las playas,
— antiguas tejedoras —,
sólo de las mareas
cuando en las crestas tañe
las bellas vestiduras
con que toca y protege,
el alumbrado sistro
que dirige y demora
el tiempo de las cosas
mostrándoles el arco
de su niñez
y un grito es el comienzo
y otro el final.

Entonces
la gran ave corpórea
se hundió en colina
y fuimos
despacio tan serenos,
apenas agitados
por el solo nacer.

Y pensadores ecos
con cuidado acercando,
veloces mas distantes,
ojivas, transparencias.

El comprensivo vuelo
que posa un foso oímos,
tan suave olvido que otros
eran ya nuestros límites
y al emprender cerraba
hacia otra oscuridad.
Dando contra los vuelcos
de donde proveníamos
pude argüir
un salmo en que dolientes
en barcas ya cansadas,
sin la bella aspereza
de la esperanza
o el nudo que profiere
la voz final.

Paciente era la casa,
gota de cuello lento.
Sólo el color de un vaso
que se deslíe
y en él todo se expande.
¡Ah! y los acres peldaños
huyen
y los pasos de muerte
y en jarrón los colores
van inclinando, plumones
hacia el rojo brevísimo.

Dadme el ave,
gritaste,
arrancando al oído.

Allí la tierra iba
en muchedumbre, ardiendo,
rodeándose en bondades
de polvo triste, quieto.

Seres de vientre lejos
donde pulsan los dedos
aún su ausente cuenco.

Verde Sidón en tablas
del verano marino.
Mi dardo aún te guarda.

Ha crecido.
En robustas escotillas ejerce
los atajos que tu arco
disparaba y de a poco
cansaban por tu ojo.

Seguían los carbones,
inquietos, humeando.

Y su voz

Y su voz desgajose,
llovió tan dolorida
gritando en frío granizo.

Calló yertos sus labios
y arrojose hacia el tiempo
con su puñal de tiempo.

Los verdes animales
de la ilusión gimieron,
cavó el padecimiento.

Frío el altar donde aún ocurren
en el lujoso polvo.

Rasga de sí el tiempo

Vela la corneja,
desune las cuestas
de luz o de aire,
tal vez sus colinas
en la rama misma.

Veo quebrar la noche,
un gajo tendido.

¿Qué atrapa la sombra
o lo que conmueve
cuando la caída
va cerrando el rostro
de aquello que aparta?

Rasga de sí el tiempo
y tal vez no sepa
ya de su cortejo.
Ceniza en sonido,
lámpara perpetua.
Sin duda en el filo
ha puesto su sueño,
en las viejas rocas,
y partiendo cava
lo altísimo al brillo,
guía nuestra casa.

Esta bata

Esta bata
ronronea
en sus pliegues
cuando alarga sus brazos,
despereza la sombra
que alza el lomo
y se apaga.
Ahora está en su sitio,
quieta,
fijo el felino corazón
en un cuadro
que ella habitó,
cuando era.

Onda del zafiro celeste

Cuando mi mano
junto a tu seno,
la arena tras la espalda,
onda del zafiro celeste,
el viento blanco
o en colinas,
príncipe de variados tejidos,
es distante. Pero hilando,
ellos, magníficos,
los que tejen
de nosotros su ovillo,
largo hilo en corales
hasta el fornido hombro,
y los hondos navíos
viandas en los manteles,
donde augustos sentados
cortan la ausencia en cascos
tan frescos todavía.
Tú y yo, entonces,
en quietud braceando,
oyendo cómo atiza
el corazón, avanza,
mira en tristeza,
tan cercanos ahora.

¡Ah! breves damas

¡Ah! breves damas
de olorosos caminos
con fuentes espaciosas,
guirnaldas por orillas
hechas de pasos suaves
donde el agua golpea
en cristal y remonta
en movediza luz,
translúcidas libélulas
en remos coloreando,
vestidos de pasajes
que el aire olvida siempre
así encienda la tórtola,
el océano desfile su cabellera
en nombres, sonrientes surtidores
que les llamen, anuncien,
sin poder esa gracia
que en ellas ha emprendido
tal vez la Diosa única,
la aún no hallada, solemne,
perdida entre nosotros.

Lo callado

Tiempos, ¡ah! breves
en sus etéreas sillas,
vapores, lazos, cuencas,
desvanecidos ojos.
¿Quién guarda, pliega, oculta
adonde caminando
es ahora extranjero?
Un golpe en una puerta
que de pronto a la orilla
y espacio más sereno.
Bellos, altos recintos
con lumbres que conducen,
caminos serenísimos,
mármoles acabados
en tan livianos pasos,
sin techos, en pilares,
alas sin duda, copos.
Y la pesada aurora, allí,
en piedra, en seno,
lecho tan maternal.

Veamos

Veamos si estos leños
lumbre joven ofrecen,
quemán su lejanía.
Un alivio descanso
por estas soledades,
tal vez joviales libres,
llamas de raso al pliegue
que se desdobra, vuelve,
reclina el tibio cuerpo,
canta en luz, tenue canta.
Veamos si estos leños
pues tan cercana empieza
la pared del destino
que el sello cae de pronto,
de pronto prolongando.

Sirve el tendero lienzos
tan deliciosos,
paños frescos, humeantes,
que no alcanzan los dedos
a saciarse ni el ojo
a zarpar estas viandas,
pues de la hornalla parten
tan seguras, deseosas
que el mar corpóreo
debe otras brasas
y en ellas
tallar de nuevo, verse,
arcón o la deriva.

Rojas sílabas

Rojas sílabas tañen de los pájaros,
azules maneras sobre las que nimban
los cantos, acuden las liras
pues teje el sonido que tan dulce mira,
ahonda si amas, alzas de tu vista,
aunque percibamos sólo lo invisible.
Horadada sombra del soplo que duerme
y luego desliza a su caña y suena
en lamento el día de sus deshaceres
así en el estanque del advenimiento
cabrillee la duda, cave de sus labios.
No es otra la rosa que al caer deshace,
a sí misma acoge o el violeta amado.

Se han ido, se han ido las voces
y no hay hoja encinta en la rama.
Se han ido, se han ido.
Consumado el viento, polvo ahora, nada.
Tal vez en su cuello un grito dormido.

Tierra

Ven, acosa este silencio,
paséale tus ojos,
que abandone la casa.
Honda es la hora
si el joven verbo vuelve
de cada nacimiento.
Ha pastoreado,
visto cómo el asombro
es aquella penumbra
donde otros proceder
estallan, rompen, lanzan
con leve pie hacia el ojo
perdido, árido, solo.
El techo albatros
de un detenido gesto,
el muro evanescente.

¡Ah! la esbelta figura
que pasea en nuestra mente,
asoma allí su hogar,
abriga ese vacío que suspende,
medita.

Las cavernas salen de caza

Calla, oye,
las cavernas salen de caza.
Veo los gritos de los lugareños
en el susurro de las cosas,
caer sus ojos,
huir dispuestos
a otra sombra o luz
más cierta.

¿No oyes el cuerno en sus lebreles?
¿Al seno mismo herir su leche?

Noche de filos monta el día
cuando en su curva alegre
surgen
y al propio azul desgarran,
hunden,
en roce triste.
Sujeta al viento, corre, guárdale
en miedo firme;
este deseo bien podría
huirles tierno.
El vuelo es prado donde ellos
cuentan sus presas,
les animan.
En esa lámpara se expanden.

El tiempo enluta,
se recoge.

Vuelven mastines acezantes
en sangre abierta.

Alejandra

A Alejandra Pizarnik
Poeta

Me dio su día
en la mano.
Una sonrisa, dijo.

Ángel muerto
entre vivos,
le vi,
asíó la nube
de una palabra
y puso
sobre el mantel
un rayo.

Subía de las volutas
el arroyo de labios;
sorbe
o lanza los dados
de nuestro encuentro.

Lejos...
el moscardón del ojo
otra unción anunciaba.

No le lloréis,
oídle,
hacia adentro
se ha ido,
cantadla
en los espejos.

Pesarosa clemencia

Pesarosa clemencia
han dado estos motivos
y en tan incierto ovillo
no hallo guía o razón
u óvalo aparte
que nos llame a la ronda
de una conseja amable.

Transcurre el horizonte
en su astro ladrido,
hay olvido en las cosas,
estacas manantiales
arrancando en lazadas
briosos sentidos, ancas,
y la penosa muerte.

Y por las altas mesas,
inclinados, jocundos,
leyendo por nosotros
el verbo augur, senderos
donde habrán de encontrarse
entre líneas, tal vez,
del polvo que han escrito.

Canta la oropéndola

Canta la oropéndola.
¡Óyela!,
anima
llamando a horizonte,
hundiendo su pez
en el lejos.

Coletean vigías
la estela espumante
de la decisión,
sea que la cascada
ahora tendida
arranque del aire
la grácil caída
que nos reconoce.
Cumbres donde en rápidos
abren esas sombras
que penden, nos cercan,
crecen sus turbiones
ya invisible el fuego
o el serpenteante
báculo en sus reinos.

¿Es acaso el aire
que en colores mueve
o de lo inasible
el cuerpo que escapa
y al oído cae,
ese rayo que ama?
¿O el fin de la noche?

El sabio granate
aúna en sus ondas,
cae en sus alas,
duerme.

Buitres
hacia los solemnes,
entre los navíos
secos, vaporosos,
los faros huyentes.
Y la mar tendida
sobre las veloces
láminas argivas,
rasgando la muerte
del resplandeciente
verano del hombre.

Lloramos.

Los dioses custodios
recogen sus carnes,
les unen. Los seres,
desde la alba lágrima.

Cierran las monedas,
apaga la llama.

En el sicomoro
da el dolor su tiempo.

Hay estruendo

Juega por la tristeza
la sorpresiva dicha,
hay estruendo allá arriba,
alguien ha dado el sitio
del polvo y el profundo
foso que le silencia.

El orden ha regido
y Orión vuelve a su casa
con la muerte en los hombros.

Serena es la espesura

Serena es la espesura
que abre de esta mañana;
avanza, habla la lumbre
o con su hilo guía
en tan incierto ovillo.

El fin desdice
la modesta conseja,
no detiene aunque a veces
demore en el cayado
la caudalosa nada,
ponga freno al profundo
ladrido que en mastines
u otro heridor coloso
abisme por su mente,
vuelva tal vez al gesto
que amamos, la esperada
prontitud de la dicha,
su deseada hija,
lo lejano que vive,
le ensueña, le conduce.

El Volcán de los Duendes

*A mi hijo,
Esteban Restrepo Álvarez.
A la ternura de sus 22 meses.*

Proemio

Los Industriosos Cabalgantes

Los industriosos cabalgantes
duendes rocíos que deslizan
voces en perlas hasta el alba
podemos verles si a las hojas
donde traspasan acercamos
el dulce infante que invisible
asombro escapa de nosotros
y de la noche que aún esconden
entre el cristal que les protege
podemos ver en plata tierna,
a Cintia niña irse apagando.

Luego es el canto que la luz
en gota inmensa va rodando,
hasta el poniente que nos deja
junto al camino de sus astros.

Nacimiento

Duende Uno

Apartó del espacio
una frágil figura,
movió la luz,
dio a su ligero el leve
que bien pudiese hallarle,
libre astro de penumbra.

¿Podrían abrir los rayos
ese orden que las cosas
llaman a sus silencios?
¿Esas lentas miradas
que de repente se huyen,
cuencas al limpio fuego
que la noche prodiga?

Detuvo su jornada
pues el camino hallado
no hería
ni era de luz o sombra
o llamaba a la orilla
a reposo o disputa
o fin donde ocultase.

La razón aún no era,
pero agradable viento
plantaba su gran árbol
y apoyada a su tronco
una canción decía.

Gnomos

Ven, camina el tiempo
y es propicia la hora,
sobre estas cumbres veamos.
El salir de los sueños
inicia. Nada temas
si de ellos una brizna
acudiese en su niebla,
vieran de otra forma
la actitud de los días.
Son fieles, calzan bellas
vestiduras aunque áspera
pienses su luz
o el gris de sus veranos
juego tan reflexivo.
En puntillas es otro
su dolor y nos pueden
desoír nuestros dones.
Anima un sorbo
de esa fértil mañana.
No parten. Acá el bronce
pondrán de nuestros cuerpos.

Alondra lejos, sopla
su saco diminuto.
Mi vara hará el prodigio
que el buen bordo repone.

Duende Dos

Otro sea este sitio,
alégrense las cosas
pues doy a la tristeza
colores más seguros
y si hay noche es en Cintia
en quien mi humor confío.
Saltimbanquis oficios,
¡llegad!, dejad el humo
de la destreza ardiendo
aunque sea duro el aire
de los altos senderos
o en vendaval fustigue.
No me cansan caprichos
ni ceños de otros dones.
Doy asaz mi fortuna
aunque un arco perciban
sin aljabas ni flechas
o codorniz huyente.
Mi cofia es fija,
dadle ese nombre u otro
que en el cenit diluya
pero no oirás en ella
sino acudir mi mano.

Avanza el día en la noche,
el poniente zarpazo nada detiene.
Salid los tintineos
al brillo de las formas,
cread los burbujeantes,
rodad pies, lenguas, nada.

El tiempo acá o allá
en mi dado jolgorio.
Se oye el mastín, emprendo
a los hilos del alba,
corcel dorado ahora
por sus filtros ligeros;
sea la frente
de entre sus corredores
el alazán sonido
que erguido bien dirige
mientras yo entre mis cuerdas
alivio, me sumerjo,
medito nuevos hechos
a este orbe gimiente.

Duende Tres

Yo que mezclo alba ocaso
tallando en lo sombrío
otras luces y sombras
que deleiten, acojan
con el tierno desgano
de un bello mediodía.

Yo un espíritu vuestro,
hijo de las honduras
que habéis cantado,
dejo por vuestras mentes
gracia, sonido, fuentes,
como las breves formas
en que podéis nombrarme
y hallaros si es el precio
de un gentil caminante.

Regreso a lo profundo,
vuestro taller de sueños,
así este mundo pueda
su visión aunque sea
cada instante fulgor
o rapazuela muerte.
Vivir es lo llamado
y alas me han proferido
dentro vuestro otras gracias.

Vastas visiones
a tan pequeñas glorias.
Dormid entonces y despertad.

Dormid.
Serás el extranjero aún no ungido,
esperado.

Duende Cuatro

Corto la oscuridad,
dos mitades que alojo
en esta llama e invoco
a rodar a otro nombre
pues propicios los vientos
dan el camino y eco
la astuta guía.

Es sereno el momento
y aunque el trueno distraiga
es sólo bello fuego
que al sonido acomoda,
un lento caballero.

Mis manos doy al aire
y escondo en él mi cuerpo.
La hoja que se mueve,
el susurro que calla,
no son más que los dones
que al reposar libero
si acudo alguna gracia
o el terror que desdigo
si algo en mí no hallo amable.

El temor es un soplo
y en puntillas tan tierno,
un copo ligereza
donde mis saltos duermen.
La magia es esto, oíd,
un color movimiento.
¡Que conmuevan las Gracias!
Bajen de nuestras cumbres
mal y bien y fortuna.

Duende Cinco

Bebo el vino apolíneo
que Dionisos me ofrece,
cuelo por cerraduras,
arrebato las sombras
aquí o allá en delfín
por esta agua de aire.
¿A quién lleva?
¿A quién llevas
si animas por tu mente?
No dudes, soy el gesto,
en mis dos piernas vivo,
puedo desde la llama.
Enciende, pon la luz
en su cuna dorada
y si es la noche el sitio
que se acerca y dibuja
este aro que nos cerca
ve a su oído y dile,
verás que Cintia llega
y hay festejos alegres.

Disipo, nada oculto;
así lo visto es sombra
que en un soplo tomamos.

Duende Seis

Mimbre es la cuna
si has amanecido;
yo el ovillo, el girante,
el jocosos mancebo
en la luz de mi anillo.
El desviador de cantos,
el soplo cornamenta.
Yo sentado en lo alto
del mastín, dardo seco
al ladrido del salto.

Senderos, troncos, gallos,
el galope del grillo,
el rebuzno del gato,
el propio amanecer
en mi morral de espanto.

Soplad y ved mi mano,
nada y ved mi rostro
al soplo, nada y mi cuerpo
espacio a la otra orilla,

Sin Mercurio que arranque
de sus alas el tiempo
o Atenea que me brinde
un descanso de su arco.
Pobre zagal de piedra.

Llebadme en la memoria
pues no es Erebo mi astro.

Duende Muerte

No urdimos
ni ardemos del espacio
frías criaturas, huestes,
vamos tras de los ojos
donde paca el engaño,
cuida desde su aliento
el canto oscuro, lejos.

Huesos callados, huesos,
esparcida su casa,
niña vacía, seca.

La he visto, la he tocado
junto al oscuro acierto
que la verdad predice
jugueteando el vocablo
posible que la noche
dé en sus primeros rayos,
ella, la mensajera,
el perdido habitante.

Alivio, doy el rumbo,
jineteo el ocaso.
Doy virtud a la rueda
en que profundo gira
tras de la gran tiniebla
y de su orilla salto.

Que vaya el agrio río
de mis pies, pues mis manos

doblan el tiempo,
cubren allí una rosa
que os entrego y habito
para vuestra fortuna.

Duende Ocho

Ni noche ni día
fuera de este óvalo sufriente,
su ojo navegante
y de pronto la voz
que su hallazgo le arranca,
el mar de los océanos.

¿Quién es ese o aquel
que aleteando desliza?,
¿brilla, oscurece?
Límpidas Gracias vense,
juegan las gotas
donde ha sido la altura.

Desvanece en la lanza
la fiera, su rugido
queda en la orilla sola
y por la negra capa
del corcel la cabeza
que cae, salta al anca
del viento helado, yerto.

Por el artesonado
que veneran las lápidas
la arropada memoria,
el prolongado juicio
de la zarpa que ora.

Duende Nueve

La anaranjada casa,
el limón de cisterna,
el arroyo de olivo,
el patio que mi mano
sopla y es ojo
donde pueden seguiros,
volved al primer día,
os doy. Es mi descanso
que escapa cuando en vilo
ve los padecimientos
y acude, goce dulce,
a esparcir vuestros dones,
los que en sonrisa veo
disfrutar y presiento
son mi encantada cuna
de donde aún deslizo,
disuelvo, vuelvo al hado.

Duende Diez

Ceden de los andamios
las torres verdes huesos
de la almendra en camino.
Anuncian los portales
donde habrán los descansos
de reclinar,
guardar si es de lo oculto
o el rastro que concede.

Me pregunto y atisbo
en qué sitio distraigo
el momento que habita,
si extranjero es, anuncia.
Tal vez ángel vacío
en mí desaparezca
y pueda daros todo
el esplendor que busca.

Bondadosa es la carne
en su íntima casa.

Regreso.

Camino vuestro ánimo,
mis pies viven, ausentan
en ese alado espacio.

Duende Once

Llegad dispuestos, comedidos gigantes,
solos o quebrantados,
atando o desatando.

¿Es esta la llanura que flota?
Bellas horas caminan
y no vemos el rostro
de congregadas naves,
dolientes, apresados olvidos,
llantos a remover.

¿Qué tierra es esta
en la verde ladera
de nuestro nombre?

¿Viven los trinos
en el soplo cadalso,
el heridor predice?

¿O la lumbre es la guía
de sus mentes y hay cuevas,
cimas en sus abismos,
silencios de ancha copa
bajo quienes desliza,
agrupa las visiones
que acaso seamos ya?

Duende Doce

Así fue y será,
pero dadme la gracia,
imaginad y el tiempo
verá siempre sus hijos.
Ha crecido por ellos
y amigo es el descanso
cuando de pronto adviertes
y sin duda predices.
Nombrad, oídle el labio,
un sonido tan hondo
que puedo en él hallaros,
desplazad ese abismo
a una gota en que habites
lo que en mí tuyo arde.

Extenso azor en aire
tan manso, cuenco trino.
Así fue y será.
En mi mano retengo
la puerta de los vientos,
sople lumbre o disparo
el logro donde pueda
reír tibia tu mente.
Pero dadme la Gracia.
Imaginad... Y el tiempo
verá siempre sus hijos.

Duende Trece

Acallo, juego el llanto,
suplo al cuerno sus galgos
y desde la alabanza
corro tras sus ladridos,
aquí o allá en el soplo
o la voz de mi guiño.
Inviolables los juegos,
saetas, horas, lámparas
que al tañer he entregado.

Resuena la infaltable
jovialidad del astro
o la dócil cabeza
que lejano desgrana
en ese cubo cierto
donde abismo es la sombra,
apacigua, sostiene.

Es tiempo,
hollamos vuestras mentes
y en todo sitio el reino
vuestro glorificamos.

Partimos.

Volved hasta la cuna
de las cosas, mecedles
el despertar que en ellas
os ha buscado siempre.

Duende Catorce

Hay susurros, detente,
deberes de filosa tiniebla.

¿Animales de acecho?
¿Vapores entre túnicas?
¿Lazos simientes
del cansado prodigio?

El zumbido de un trueno
durmiendo entre su abeja
soñaría este fanal,
el mismo ruego
a las puertas que Erebo
disipa ya en su niebla.

Si observas, has crecido,
han huido a las cosas,
viajado los copiosos;
agudos saltimbanquis
han guardado el vacío.

Cuida, cuida tu hora.
Indico a mi tañido.

Aquí la orilla,
el luminoso andrajo
que reverbera.
La estrella solitaria.

Duende Quince

Disuelto, es la medida
que pude siempre daros,
cuanto halléis es mi forma,
le habéis dado su acierto;
el misterio es anillo
que un día a mi dedo disteis
y en el que pude alegre
ocultarme y deciros
con prodigios y dones
aunque en batalla a veces
con el bajel del llanto
troqué mis propias aguas,
hundí ardidés, conjuros;
mas mirad, asombrados,
todo es lo que en vosotros
el mismo asombro ha dado;
el hado si es el nombre
que el tiempo a sí se ha dado,
la veloz ocasión donde todo reúne,
Mercurio si hay un puerto
donde una desterrado
tierra, fuego, aire, agua
en vuestra mente hallo,
todo cabe en mi soplo
en el puño de tu habla.

Pero esperad, refrena,
dejad vuestras pantuflas,
vuestra sagrada cofia;
las mías junto al hornillo

del juego os dejo, así
nadie sabrá ya nada.
Pero esperad, refrena.

¡Hablad sombras y luces!;
serenas o estallantes
el venir recordad.

Duende Dieciséis

¡Abrid!, adentrad en las puertas
de este mundo encantado;
es él quien ha esperado,
crecido su fortuna
o hundido su desdicha
en el mar que has creado;
hay bellas tempestades
que adelantan su niño,
arriman vuestros brazos
a esa infante tibieza
que jamás ni el susurro
podría en su sueño hallado.

¿Tristezas, soledades?
¿Virtud y sombra, luces?
Qué encendido crepúsculo,
la poderosa noche
qué esbelta llamarada.

¡Ah! cimientos, bondades
donde hemos visto al tiempo
tañer en vuestras manos:
el más rico instrumento.

Id, id pues,
veos en vuestro orbe
que el día al susurro
ora en su cabo, guía;
asombro es el legado
que habéis dado a esos hijos,
nos habéis entregado.

Duende Diecisiete

Tome el timón lo oculto,
navegue este zafiro,
este alado diamante,
este nido esmeralda.

Sea o no turbulencia
tome el timón lo oculto.

¡Velas! A vuestro oficio.
Despertar es sendero
prodigado al durmiente.

Bello día a los días,
bella noche a las noches.

Vuelvo a mi templo,
el vuestro,
la sagrada memoria.

Buen tronco allí me albergue
y pueda oír el mástil
Odiseo entre las ondas
de la vida y la muerte.

(Hablan los duendes)

Partamos, hay caminos,
son propicias las ondas.

(Los duendes desaparecen)
(Lo invisible se trueca en un susurro)

Espíritus de la noche

(Un espíritu)

¡Oh! Formas o aquellas nebulosas
que vienen a pedirnos vuestros ojos y manos
para poder entrar al deseado reino
de la vida y la muerte...

Sois la alumbrante gracia,
volvéis del nacimiento;

(Se silencia)

¿qué lo oculto, entonces,
no visible a la simple
solemnidad de un pájaro,
un pedrusco, un camino,
el féretro llorado del más quieto durmiente?

(Se oyen voces, gritos, borrascas en el fondo)

Y la cambiante charla
hace reír las horas...

Una pena se dobla
en sus perdidas lágrimas...
Sois la alumbrante gracia,
volvéis del nacimiento.

(Se oye el susurro de los duendes que pasan)

(Otro lugar, otro espíritu)

En los llanos, los montes,
los mares, los roquedos,
flotad, flotad;
en el agua, la tierra,

el aire, el fuego, el cielo,
flotad, flotad, flotad
un paso, el mismo...
Amor o diferencia
en la escala vacía.

(Aparecen espíritus oscuros)
(Hablan al público)

Nada sabéis,
nada sabéis,
(Ríen burlonamente, conjuran)
la deshollante bruja *(Aparece)*
el gusano, el murciélago,
el desolado adiós.
(Ríen con tristeza burlona)
(Desaparecen)
(Ruido de vuelo)
(Risas provocantes)

*(En un pequeño paraje una hechicera
revuelve un cocimiento mientras ríe
y con solemnidad conjura espíritus malignos).*

Luzbel, Belial, venid, mis serafines,
es nuestra fiesta, es nuestra fiesta.
(Se desnuda y danza).

*(Un fogonazo la hace ver deforme,
pretende ante esto sentir terror;
grita)*
Patas de cabra, patas de cabra,
prestadme el viento,
prestadme el viento;

(Una bruja pasa galopando sobre un saltamontes)

(Grita)

(Al público)

galopad, galopad,
la capa por los vientos
y no os equivoquéis.

*(Azota su cabalgadura
y desaparece entre carcajadas)*

*(Un coro de espíritus guía a los duendes en la mente
desde la memoria hasta los sueños).*

La memoria

Llegad, llegad senderos
a este vuelo profundo,
sois lámparas vestales,
días con que ha tejido
el mando que en vosotros
brilla y no colora
más que al feliz que hace,
le da ese siervo salto
que ha dispuesto en mañana,
medio día, firmamento,
el cristalino ojo
con que acaso se mira.
Siempre habrá este destino
mientras haya infinito,
destile en huella pronta
toda mente, así sea
este viviente mundo
o inerte sufrimiento.

Llegar, partir,
leve forma de olvido
donde asienta solemne sus muros
nuestra casa,
llamados a la puerta
del veloz extranjero;
vivir, soñar,
soplo ardiendo en su brasa,
vacío en su vacío.
(*Un sopor va invadiéndoles*)

Vayamos, desvanece en su casa
la gentil habitante,
hay duelo, llora el tiempo;
tan bello entre sus lanzas
puede herir,
golpear su misma queja.

Vayamos, es distante,
vasto su rostro
en la estrella de su ojo.

El sueño

Duro día habéis hecho,
cumplido la jornada;
ha cantado el prodigio
de vuestros sortilegios,
acercado los tiempos,
surtido sus vasijas,
vuelto a beber el astro
aquello que buscado
ha dolido a su pecho,
manjar donde ha pensado;
oíd los carreteles
de su esbelta corriente
cruzando entre las voces
que el triste ojo deja
desmadejando sombras,
amándoles el rostro
si es sombrío o extranjero
deja abismal su sombra;
sois sueños, mas soñad...
Todo es sueño, olvido,
nada, soplo, relámpago,
el nacer, el morir,
el medio día del tiempo,
la fosa que de pronto.
Decid, hablad congojas,
el silencio que sólo
acá podréis decir,
así los huracanes
oculden de su frente,
vuele en búho la corneja,

ría en arroyo el puñal,
pues acá nazco, yazgo,
son estos mis dominios,
acá los vuestros, todo;
os doy su niebla, ¡ved!
Así por el trabajo de la razón
podréis ir acercando al podio
donde amor os espera
y tiernamente os lleva
a aquello donde hubisteis
con dolor o alegría;
este es el mundo... este es...
nuestro mundo, la casa;
soñad... soñad...
Que arrullen los asombros,
pues duende soy y vuelvo
a mi vestal saeta,
su vuelo, templo estío.

Coro de los Duendes soñantes

Casi al despertar

*Tres pesadillas sucesivas;
la pesadilla del sueño de los duendes,
la de Odiseo en el mar,
la de Penélope en su hogar.*

¡Qué huracán se abalanza!,
¡qué fuego hierva el fuego!,
¡qué yelo el mismo yelo!
Corred, suspiros, llantos,
acoged tras los montes
o si es el mismo viento
guareceos en él,
aquí el volcán del odio,
la esperanza, la fe,
aquí el miedo, la furia,
la oculta sombra, el grito,
el trueno de piedad;
la verdad, el olvido,
la muerte, sacra muerte
en su lápida muerte.

Odiseo

(Gritando)

Poseidón... Poseidón...
Dios sin fe... dios sin fe,

así escale tu reino
llegaré hasta mi reino.

Penélope

(Incorporándose)

Qué huracán he sufrido,
qué triste frente he visto.
(Camina hacia la ventana, mira a la lejanía)
Por qué lugar de mí
encaminas ahora,
corres el aire
o navegas la tierra;
(Recordando que ha soñado)
qué he soñado,
quién ha andado en mi sueño,
qué heraldos han llegado
a herir mi propia casa;
descender los ribazos
de nuestra misma mente
y sólo hallar la muerte;
no, no, ningún féretro puede
sino luz engañosa,
lengua de oscuro filo
herirte, contenerte,
arrojar al oído
tu voz, árida, seca,
tu ánima insepulta;
mas si así lo han dispuesto
los inmortales dioses
sea mi carne tu única
perpetua sepultura...

Mas, no, no,
qué acontecer arrima
a mi mente su aurora
como si fuera ocaso,
puñal, noche agorera;
huya de mí
este olor pestilente,
caiga en él la ceniza,
desgárrelo la nada
y tú, mi generoso,
mi piedad, haz mi tiempo;
que renazca este reino,
canten las glorias
a tu fértil fortuna;
qué siento, qué alegría
aparta hasta mis huesos,
borra de ellos su polvo,
quita en mí lo mortal,
pues le veo, le veo...
Tan transparente día
es su forma, su paso,
su noche ahora en mi noche
dormida entre mis labios.

*(Se ve una ola gigantesca que cubre la nave de Odiseo)
(Penélope grita)*

No, no, no,
no descansas, ¡oh! Muerte,
¿muerte?... ¿Cuáles tus potestades?,
¿cuál tu hogar, vuestro padre
que así aún desconoces la heredad
y te lanzas a arrasar sus cimientos?
¿Cierta eres, existes

u otra razón te espera
o eres tú quien ha visto
este único camino
a quien llamamos vida
y acunaste doliente
sin duda tierna, bella?
Qué pensar, si no somos
más que estos balanceos,
sin duda engaño, nada,
susurros de este astro
en sus manos gentiles;
(Llora... ríe..., camina con dignidad real)
pues bien, representemos,
trae amor las visiones
a tu amada fortuna,

Coro de los Duendes

(Duendes despertando, aún confusos)

¿Quién habla, qué se calla?
¿Qué gritos desvanecen, abren terror,
descuajan?
Oímos, susurramos,
lo que tal vez os digo...
¿O es el propio soñar?

*(Se oye una sombra que avanzando
va haciéndose más nítida)*

La sombra

¿Quién ha traído a estas inseparables formas
hasta el desvanecido tiempo donde
translucen?

¿Sesteamos o es otra la virtud que acongoja?
Volátiles, penumbras,
audiencia de las cosas que dicen voceando
este grito silencio;

¡ah! espantables suspiros que entre sus
mismas lápidas

sufren nuestros suspiros,
caminar sin su huella,

herir sin que la daga arroje su crepúsculo,
rasgue al fin a la noche de su negro madero;

¿llegamos o partimos

o solamente somos el continuado barco,
la ilusión a este viaje bellamente vacío?

Quién sabe...

Todo es esta inhallable quietud,

el relámpago, el soplo, el quebradizo trueno,

el cabalgante caballero que estalla

por su perdida ráfaga;

así la sombra,

el correntoso casco entre el sagrado ojo

que todo asombro puebla.

Reflexión de un Duende

Has desaparecido,
sombra apenas temprana,
quejumbre has dicho, olvido;
por mi abismada costa
el paso de la estrella,
el rostro firmamento.
¿Aún hay cumbre en el casco
que corta hacia tu casa
rocas hielo en sus velas,
sombras tiempo en su tiempo?
Qué digo, qué desdigo,
quién en mí habla...
pues dulce voz me acoge,
ocurre mi memoria.
¡Ah! los cuatro horizontes,
los cuatro caballeros
en sus ricas monturas
hacia esta alba mía
que ahora distingo,
abrazo. Reconozco mi nombre,
veo su portal y a él
encamino este aire
que ahora respiro y bebo
en su taza de aire.

Aligere mi cofia,
salten de mis pantuflas
los caminos y sean
más prodigios al hombre.

Coro

Tristes, sordos colores,
de la verdad,
desgarros en el alba
que hemos alimentado,
pobres tinieblas
tan sufrientes aún;
aquí el cantar he oído
de otra noche, otra alba
y en la verdad ha dicho
su tiniebla, su noche;
id y decid lo escrito
y así los torrenciales
ojos de nuestra vida.

Duendes descendiendo de la memoria

Qué soles, qué tinieblas
flota este firmamento,
se abren mis ojos,
mis pies sobre otros pies,
mis brazos, rostro, paso
de otra virtud, mi cuerpo
¡ah! y mi mente
aún en esta riqueza
que ha gemido, callado;
tristes, sordos colores
de la verdad,
desgarros en el alba
que hemos alimentado,
pobres tinieblas, solas.

Apelo al tiempo y busco
su colosal guarida,
es hora de que amables
veamos otro rostro
en lo que percibido
duele y es tan amado.

Encumbra nuestra bóveda,
ha escrito en luz y ello
puede bien conducir.

Gnomo

Apenas aire, vedles
y podad toda duda
así en el soplo quede
alguna estéril rama,
el pichón que ha esperado;
vengan así las ráfagas
y traigan ya en silencio
forma y pensar,
el hado
que ellos sólo desprenden.

Han regresado y veo
en mi vara el bostezo;
celebremos la noche,
celebremos los días.

Duende Dieciocho

¿Presiento? Aún enjambre
es la vasta luciérnaga,
el poderoso mirlo.

Va el olvido y detiene
cada hostel que le acerca,
e indaga si allí ha sido,
hay barbecho, rige el venir,
es fuerte el padre
como cuando su cumbre
desprendía las lanzas,
quebraban las gargantas
en coagulados leños.
Lentas fuentes de oscuro,
sacras nodrizas, soplo
entrebriendo en su soplo.

Doy mi sonido: un vuelco,
dejo allí mis oboes,
violines, chelos, flautas,
la agreste horda roca
que en silencio he gemido...
Y pienso, amadas, pienso,
corto al dedal lo oscuro,
las tristísimas ánimas,
el hielo de sus cuerpos.

Vuelvo a mí,
soplo mi astro;
vivos aún soñemos.

Oigamos a los Dioses.

Duende Diecinueve

¡Oh azul! ¡Águila de los tiempos!
Ve unción que apacigua,
sueña nuestras criaturas
donde ama, se embellece;
zorzales días, destellos,
las comarcas ventiscas
de un zafiro que ha sido.

Volvemos de nosotros
a este rojo tablado,
la amarillenta lumbre
abre la sola fuente
que erguimos, olvidamos
y a beber llega el salto
de la ayuda sonrisa;
mi blusa anida, vuela,
mi cofia, copa de aire
reclina en sueño, aire.

Seguid, el tiempo vuelve
y puede ser la noche;
punza mi atenta oreja
y no podrían los rayos
de Cintia ser heridos
y Puck callar
el dolor que no puede.

Gnomo

Callad, no sujetéis las horas,
el día es la razón;
no invoquemos la noche
antes que el buen descanso
le allegue hasta su ocaso
y aún nosotros gocemos
algo de lo profundo,
pues vedlos, siento cimas
que disparan los hechos
que han sembrado,
bondades, astros niños
que alegres nos abrigan
jugueteando tan tiernos;
cómo acercan y pueblan
y hay jolgorio en la mente
de este mundo doliente.

Epílogo

Duende Uno

Ver es el sacrificio
de lo que apenas visto
es seco, árido oído;
amasamos lo ausente
y es cálido ese rostro
que va precipitando
así en frío marmóreo
nos acune, transluzca,
vuelva en piedra a mirarnos
ahora hijos en piedra.

Duende Dos

¿Urdimos?, ¿auguramos?
Nada en la nada es sombra,
sin pasado no hay eco,
horizonte es la mano
tendida hacia horizonte.

Un descanso

(De los Gnomos)

Vayamos, pues,
juguemos el sentido
que el bien nos atribuye;
un descanso azulino
podría ser nuestra mesa
y departir el tiempo
bajo el frescor amable
así engañoso trino
nube oscura regase,
seco zorzal en rama;
dejaríamos la tarde
en sus serenas alas
en busca de su árbol
y el fruto a hombros,
vasto.

Bello ha sido...
un relámpago.

Vuelve a engendrar espacio,
vese su lento paso.



Este libro se terminó de imprimir
en los talleres del Centro de Publicaciones
de la Universidad del Quindío
(Armenia, Colombia)
en el mes de abril de 2011.